

ACTA DEFINITIVA DE LA 300ª SESION PLENARIA

celebrada en el Palacio de las Naciones, Ginebra,
el martes 19 de marzo de 1985, a las 10.30 horas

Presidente:

Sr. A. R. TAYLHARDAT

(Venezuela)

PRESENTES EN LA SESION

Alemania, República Federal de:

Sr. H. WEGENER
Sr. F. ELBE
Sr. W. E. Von Dem HAGEN
Sr. M. GERDTS

Argelia:

Sr. A. BELAID
Sr. H. RABEHI

Argentina:

Sr. J. CARASALES
Sr. R. GARCIA MORITAN

Australia:

Sr. R. ROWE
Sr. J. COURTNEY

Bélgica:

Sr. M. DEPASSE
Sr. Ph. NIEUWENHUYS

Birmania:

U MAUNG MAUNG GYI
U HLA MYINT

Brasil:

Sr. C. A. de SOUZA e SILVA
Sr. S. de QUEIROZ DUARTE

Bulgaria:

Sr. K. TELLALOV
Sr. V. BOJILOV
Sr. P. POPCHEV
Sr. R. DEYANOV

Canadá:

Sr. J. A. BEESLEY
Sr. A. DESPRES

Cuba:

Sr. C. LECHUGA HEVIA
Sr. P. NUÑEZ MOSQUERA

Checoslovaquia:

Sr. A. CIMA

PRESENTES EN LA SESION (continuación)China:

Sr. QIAN JIADONG
Sra. WANG ZHIYUN
Sr. LIU ZHONGREN
Sr. SHI JICHENG
Sr. SHI JINKUN
Sr. LIN CHENG
Sr. YE RUAN
Sr. PAN JUSHENG

Egipto:

Sr. S. ALFARARGI
Sr. M. BADR
Sr. F. MONIB

Estados Unidos de América:

Sr. D. LOWITZ
Sr. T. BARTHELEMY
Sr. L. BELGARD
Sr. H. W. DAVIDSON
Sr. D. DORN
Sr. B. MORTON
Sr. D. STEPHENS
Sr. R. SCOTT
Sr. P. CORDEN
Sr. K. WHITE
Sr. R. GOUGH
Sr. J. TIERNEY

Etiopía:

Sr. F. YOHANNES

Francia:

Sr. F. de la GORCE
Sr. H. RENIE
Sr. G. MONTASSIER
Sr. GESBERT

PRESENTES EN LA SESION (continuación)Hungría:

Sr. D. MEISZTER

Sr. F. GAJDA

India:

Sr. S. KANT SHARMA

Indonesia:

Sr. N. WISNOEMOERTI

Sr. HARYO MATARAM

Sra. R. TANZIL

Sr. R. I. JENIE

Sr. I. DAMANIK

Sr. A. H. AKBAR

Italia:

Sr. M. ALESSI

Sr. F. PIAGGESI

Sr. M. PAVESE

Sr. M. CELIO

Sr. R. DI CARLO

Japón:

Sr. R. IMAI

Sr. M. KONISHI

Sr. T. KAWAKITA

Sr. M. SATO

Sr. T. ISHIGURI

Sr. I. AKIYAMA

Kenya:

Sr. P. N. MWAURA

Marruecos:

Sr. A. SKALLI

México:

Sr. A. GARCIA ROBLES

Sr. Z. GONZALEZ Y REYNERO

Sr. P. MACEDO RIBA

Mongolia:

Sr. L. BAYART

Sr. S. O. BOLD

PRESENTES EN LA SESION (continuación)

<u>Nigeria:</u>	Sr. C. V. UDEDIEPIA
<u>Países Bajos:</u>	Sr. J. RAMAKER Sr. R. J. AKKERMAN Sr. J. J. OOMS
<u>Pakistán:</u>	Sr. M. AHMAD Sr. K. NIAZ
<u>Perú:</u>	Sr. P. CANNOCK
<u>Polonia:</u>	Sr. S. TURBANSKI Sr. J. RYCHLAK Sr. J. CIALOWICZ
<u>Reino Unido:</u>	Sr. R. I. T. CROMARTIE Sr. R. J. S. EDIS Sr. D. M. SHANNON Sr. D. A. SLINN
<u>República Democrática Alemana:</u>	Sr. H. ROSE Sr. L. MUELLER Sr. W. KRUTZSCH
<u>República Islámica del Irán:</u>	Sr. N. K. KAMYAB Sr. F. S. SIRJANI
<u>Rumania:</u>	Sr. T. MELESCANU Sr. A. POPESCU
<u>Sri Lanka:</u>	Sr. J. DHANAPALA Sr. P. KARIYAWASAM

PRESENTES EN LA SESION (continuación)Suecia:

Sr. R. EKEUS
Sr. L. E. WINGREN
Sra. E. BONNIER
Sr. H. BERGLUND

Unión de Repúblicas Socialistas
Soviéticas:

Sr. V. L. ISSRAELIAN
Sr. B. P. PROKOFIEV
Sr. G. V. BERDENNIKOV
Sr. A. M. SHMATOV
Sr. A. A. GORGILADZE

Venezuela:

Sr. A. R. TAYLHARDAT
Sr. O. GARCIA

Yugoslavia:

Sr. K. VIDAS
Sr. M. MIHAJLOVIĆ

Zaire:

Sr. O. MONSHEMVULA

Secretario General de la
Conferencia de Desarme
y Representante Personal
del Secretario General:

Sr. M. KOMATINA

Secretario General Adjunto de
la Conferencia de Desarme:

Sr. V. BÉRASATEGUI

EL PRESIDENTE: Declaro abierta la 300ª sesión plenaria de la Conferencia de Desarme.

De acuerdo con su programa de trabajo, la Conferencia inicia hoy la consideración del tema 3 de la agenda, titulado "La prevención de la guerra nuclear, incluidas todas las cuestiones conexas". De conformidad con el artículo 30 del reglamento, sin embargo, los miembros que lo deseen podrán hacer declaraciones sobre cualquier otra cuestión relacionada con los trabajos de la Conferencia.

En la lista de oradores para hoy figuran inscritos los representantes de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Bulgaria, la República Federal de Alemania, Argentina, los Estados Unidos de América y Polonia.

Doy ahora la palabra al primer orador en la lista, el distinguido representante de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Embajador Issraelian.

Sr. ISSRAELIAN (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) [traducido del ruso]: En relación con el comienzo del examen en nuestra Conferencia del tema relativo a la prevención de una guerra nuclear, la delegación soviética quiere exponer algunas consideraciones al respecto. Compartimos plenamente el parecer de quienes consideran, conforme a lo dispuesto en el Documento Final del primer período extraordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas dedicado al desarme, que la prevención de la guerra nuclear es la tarea principal de nuestra época.

Sin embargo, hoy no abordaremos la cuestión de las consecuencias que entrañaría una guerra nuclear. A nuestro entender, incluso quienes se oponen a la elaboración de medidas concretas para prevenir la guerra nuclear reconocen hoy -al menos de palabra- que en ella no habrá vencedores, que la vencida será toda la humanidad, que desaparecerá simplemente de la faz de la Tierra. Nuestra actitud a este respecto ha sido reiteradamente expuesta en las declaraciones de los dirigentes soviéticos, en nuestros documentos, incluida la carta de fecha 12 de febrero del año en curso, dirigida al Secretario General de las Naciones Unidas en relación con la resolución 39/148 P, y en nuestras intervenciones en los períodos de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas y en esta Conferencia. También ha quedado reflejada de manera concisa en las declaraciones -aprobadas en las Naciones Unidas a iniciativa nuestra- sobre la prevención de una catástrofe nuclear y sobre la condenación de la guerra nuclear.

(Sr. Issraelian, URSS)

Hemos tenido ya la oportunidad de exponer nuestro criterio de que la adopción por los Estados Unidos de nuevos programas de acumulación y perfeccionamiento cualitativo de los armamentos nucleares, de ampliación del ámbito geográfico de su emplazamiento y de extensión de la carrera de armamentos al espacio ultraterrestre incrementa sustancialmente el peligro de que estalle una guerra nuclear.

Como ha señalado hace poco M. S. Gorbachov, Secretario General del Comité Central del PCUS, estamos persuadidos de que "la única salida racional de la situación es un acuerdo entre las fuerzas enfrentadas sobre la cesación inmediata de la carrera de armamentos, ante todo de los nucleares, en la Tierra, y sobre la prevención de esa carrera en el espacio ultraterrestre; un acuerdo establecido sobre una base honrada y equitativa, sin que medien intentos de "enredar" a la otra parte o imponerle sus condiciones; un acuerdo que permita a todos avanzar hacia el objetivo deseado: la destrucción completa y la prohibición permanente de las armas nucleares, la eliminación completa del peligro de guerra nuclear".

Queremos dedicar nuestra intervención de hoy al análisis de la situación que se ha creado en la Conferencia de Desarme en torno a la prevención de la guerra nuclear. Esa situación nos parece intolerable; es más, creemos que causa grave perjuicio a la autoridad del órgano multilateral de negociación sobre el desarme. Rechazamos y condenamos enérgicamente la postura de ese pequeño grupo de Estados que lleva ya más de un año impidiendo con pretextos ficticios que la Conferencia desempeñe las funciones que le corresponden como órgano multilateral de negociación sobre esta cuestión, la más importante y prioritaria de la política mundial contemporánea.

¿Qué argumentos esgrimen los adversarios de la elaboración de medidas concretas destinadas a prevenir la guerra nuclear?

Se nos dice, ante todo, que el tema de la prevención de la guerra todavía no está maduro para la negociación. Nos oponemos terminantemente a tal aserto, que se halla en pugna con el anhelo de la humanidad de liberarse de una catástrofe nuclear. A los señores que mantienen ese punto de vista les aconsejamos que abran las ventanas de sus despachos y contemplen la calle, donde millones, cientos de millones de seres de todos los países del mundo exigen la adopción de medidas destinadas a prevenir la guerra. Aconsejamos a esos señores que lean las peticiones y los mensajes de distintas organizaciones públicas, científicas y de otra índole, que van dirigidos a nuestra Conferencia y a sus propios gobiernos. La actitud de los adversarios de la elaboración de medidas concretas para prevenir la guerra nuclear está radicalmente reñida con el deseo de los pueblos de todos los países del mundo. Y queremos decirlo honrada y francamente.

(Sr. Issraelian, URSS)

También se nos dice que la Conferencia de Desarme no es el lugar apropiado para examinar esta cuestión. Tampoco podemos aceptarlo en modo alguno. Desde luego, las negociaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de América sobre un conjunto de problemas relativos a los armamentos nucleares y espaciales revisten importancia primordial, cuyo alcance es difícil sobrevalorar. El Gobierno soviético ha señalado repetidamente que atribuye enorme importancia a esas negociaciones.

Pero forzoso es reconocer que el problema de la prevención de la guerra nuclear tiene alcance universal y afecta a toda la humanidad. No creemos que existan unos Estados elegidos, facultados para negociar sobre este tema, y otros Estados -que, dicho sea de paso, constituyen la mayoría abrumadora- que hayan de permanecer supuestamente al margen de dichas negociaciones.

La guerra nuclear representa un peligro para los destinos y la vida de todos los pueblos y Estados, por lo que todos los pueblos y todos los Estados pueden y deben aportar su contribución a la elaboración de medidas destinadas a prevenir la guerra nuclear. En este sentido, quiero formular un ruego a los señores que se oponen a que en nuestra Conferencia se examine la cuestión de la prevención de la guerra nuclear: que nos indiquen las señas y nos señalen el órgano que, a su juicio, permitiría a un amplio número de Estados aportar su contribución a la solución de este problema fundamental de la humanidad. Una mayoría considerable de las delegaciones que asisten a la Conferencia de Desarme ha sido facultada por sus gobiernos para celebrar aquí, en este órgano, y en este momento y no en un futuro indeterminado, negociaciones encaminadas a prevenir una guerra nuclear. Estas delegaciones poseen mandatos de sus pueblos, de unos pueblos que representan la abrumadora mayoría de la humanidad. Ante esto, ¿con qué fundamento se opone un pequeño grupo de Estados a la elaboración de medidas concretas sobre este tema?

En tercer lugar, también se afirma con frecuencia en la Conferencia que no existe, por decirlo así, base alguna para negociar, que no existen propuestas a este respecto. Tales afirmaciones están tan alejadas de la verdad como el cielo de la tierra. Es suficiente examinar los documentos de la Conferencia para llegar a la conclusión contraria. En efecto, ahí están los documentos de los países socialistas publicados con las signaturas CD/355 y CD/484, en los que se anuncian medidas concretas -repito, medidas concretas- respecto de las cuales un gran grupo de Estados, que representan además una de las alianzas políticas más importantes del mundo contemporáneo y una parte considerable del territorio y de la población del globo terrestre, propone celebrar negociaciones.

(Sr. Issraelian, URSS)

Existen también propuestas concretas del Grupo de países no alineados y neutrales (CD/341). En ese mismo sentido se orientan las medidas contenidas en el mensaje de los jefes de seis Estados de cinco continentes, de mayo de 1984, publicado con la signatura CD/502, y en la Declaración de Nueva Delhi de estos mismos países, de fecha 29 de enero de 1985 (CD/549). Por último, las delegaciones de varios países occidentales han presentado sus propuestas. Me refiero a los documentos de Bélgica y de la República Federal de Alemania, publicados con las signaturas CD/537 y CD/380.

Por cierto, quiero señalar que en el documento de Bélgica -cito textualmente- "se expone a título ilustrativo una lista no exhaustiva de medidas que podrían ser objeto de negociación en esta materia" y se formula la propuesta de que "debería encargarse al Comité de Desarme que realizara, en un marco que tendría que definir, trabajos que habrían de llevar a la elaboración de uno o varios acuerdos internacionales sobre esas materias". Y, sin embargo, es precisamente el grupo de países occidentales el que se pronuncia -aunque no con mucha unanimidad- no sólo contra las negociaciones, sino también contra el establecimiento de un órgano subsidiario ad hoc sobre este tema, cualquiera que sea su mandato.

Las delegaciones de algunos países occidentales dicen que las propuestas del Grupo de países socialistas y del Grupo de los 21 son para ellas inaceptables y que, por lo tanto, no hay por qué celebrar negociaciones. Quiero señalar que también para nosotros muchas consideraciones y propuestas de los países occidentales son ineficientes y no guardan relación con el problema que nos ocupa.

Pero ahora no quiero referirme al fondo de las propuestas presentadas tanto por el Este como por el Oeste. Sabemos que las diferencias que los separan son muy considerables. Ahora quisiera preguntar a las delegaciones occidentales que se oponen a que se realice una labor concreta en el marco de un órgano subsidiario encargado de la prevención de la guerra nuclear: ¿qué negociaciones se iniciaron, en los muchos siglos de historia de la diplomacia, con la presentación de opiniones idénticas y coincidentes por las partes? Es probable que en esos casos no habría sido necesario celebrar negociaciones y habría bastado con que las partes hubieran estampado sus firmas bajo los puntos de vista idénticos.

Se nos dice que para comenzar las negociaciones se requiere un acuerdo sobre el objeto de las mismas. Sin embargo, a nuestro modo de ver, tal acuerdo ya existe, dado que todos se han manifestado dispuestos a incluir en la agenda de la Conferencia -órgano multilateral de negociación sobre desarme- el tema titulado "La prevención de la guerra nuclear, incluidas todas las cuestiones conexas". El objeto de las

(Sr. Issraelian, URSS)

negociaciones precisamente consiste en determinar las medidas concretas que deben adoptarse para impedir la guerra nuclear. Para comenzar las negociaciones no se necesita una mayor concretización: todas las demás cuestiones, en particular la negociación y elaboración de medidas concretas que aportasen una contribución a la prevención de la guerra nuclear, pueden resolverse con éxito en el curso de las propias negociaciones, conforme al deseo recíproco de llegar a un acuerdo. La Conferencia está creada precisamente para eso, es decir, para contrastar distintos enfoques, distintos puntos de vista; para entablar negociaciones sobre ellos, tratar de reducir las diferencias entre los puntos de vista y elaborar acuerdos mutuamente aceptables. ¿Por qué, entonces, las delegaciones de los países occidentales obstaculizan este proceso normal, esta práctica diplomática habitual, cuya validez ha quedado demostrada a lo largo de muchos siglos?

Los argumentos aducidos el año pasado por una delegación en el sentido de que no es aconsejable la labor práctica sobre este tema porque ésta revestiría un carácter demasiado "polémico", son, a nuestro juicio, ficticios y no pueden justificar la actitud de quienes se oponen a que comience esa labor práctica. Por el contrario, el establecimiento de un comité ad hoc crearía las condiciones necesarias para llevar a cabo un debate serio y meditado sobre todos los aspectos del problema de la prevención de la guerra nuclear y proceder con calma a la búsqueda de soluciones mutuamente aceptables.

Por último, uno de los ardides predilectos para dar al traste con las negociaciones prácticas sobre la prevención de la guerra nuclear es la tentativa de poner un signo de igualdad entre la guerra en general y la guerra nuclear. La Unión Soviética es adversario decidido de todas las guerras. El Estado soviético -quiero recordarlo a los presentes en esta sala- nació con el lema de poner inmediatamente fin a la guerra imperialista y salió de esa guerra. El primer decreto del Estado soviético fue el Decreto de Paz. Estamos contra las guerras pero, por otra parte, establecemos una distinción entre las guerras del pasado, las guerras con empleo de armas convencionales y la guerra nuclear.

En primer lugar, la guerra nuclear, a diferencia de las guerras con el empleo de armas convencionales, no puede servir de medio para realizar una política, ya que esa guerra conducirá inevitablemente a la aniquilación de quien la desate. Dicho de otro modo, si el resultado de las guerras convencionales es, por regla general, la victoria de uno de los contendientes y la derrota del otro, en la guerra nuclear no habrá vencedor, y la perdedora será toda la humanidad.

(Sr. Issraelian, URSS)

En segundo lugar, la guerra nuclear no puede quedar circunscrita a una determinada región o al territorio de dos partes beligerantes, sino que todos los Estados del mundo sufrirán sus consecuencias. La guerra nuclear será una catástrofe de proporciones universales, que pondrá en entredicho la posibilidad de que se mantenga la vida sobre la Tierra.

En tercer lugar, las consecuencias ecológicas, genéticas, climáticas, biológicas, etc. de la guerra nuclear son fundamentalmente diferentes de las consecuencias de una guerra con el empleo de armas convencionales.

De ahí que la guerra convencional y la nuclear sean fenómenos de orden enteramente diferente. Por consiguiente, vincular la prevención de la guerra nuclear con la solución de otros problemas equivale a crear impedimentos artificiales para la solución de esta cuestión de importancia fundamental.

Finalmente, las delegaciones de los países occidentales acceden ahora "generosamente" a examinar los problemas relacionados con la prevención de la guerra nuclear en reuniones informales, en el transcurso de ciertas consultas. Incluso prometen exponer ciertas ideas acerca de determinadas orientaciones que permitirían examinar dichos problemas en algún pasillo de la trastienda de la Conferencia de Desarme. Nosotros no estamos de acuerdo con este criterio. La Conferencia ha sido creada para celebrar negociaciones, y nosotros exigimos que se celebren negociaciones sobre la prevención de la guerra nuclear, negociaciones con el objetivo de elaborar medidas concretas, conforme al mecanismo de negociación previsto en el reglamento de la Conferencia.

Todo parece indicar que este año la posición de los países occidentales sobre el problema de la prevención de la guerra nuclear es aún más dura. Mientras el año pasado se mostraban dispuestos a crear un órgano subsidiario, ahora -como se desprende de las consultas celebradas- el grupo de países occidentales se opone en principio al establecimiento de dicho órgano. Por su intermedio, Sr. Presidente, quisiéramos hacer una pregunta al grupo de países occidentales: ¿se ha producido realmente un cambio de actitud de esa clase? Abrigamos la esperanza de que eso no sea así y que dicho grupo no obstaculizará las negociaciones que celebre el órgano subsidiario, dotado del pertinente mandato, a fin de elaborar medidas concretas para prevenir la guerra nuclear.

En conclusión, quisiera señalar además lo siguiente: tanto en esta sala como en el curso de las distintas consultas y, sencillamente, de las conversaciones amistosas entre los representantes en la Conferencia, oímos con frecuencia expresiones de pesar por el hecho de que disminuye constantemente la autoridad y el papel de la Conferencia de Desarme. Efectivamente, eso es así. A nosotros, miembros de la delegación

(Sr. Issraelian, URSS)

soviética, así como a las delegaciones de muchos países, esa situación nos preocupa sobremanera. Pero ¿quién tiene la culpa de ello? ¿No son acaso quienes durante muchos años tratan insistentemente de convertir la Conferencia en un club de discusiones, quienes impiden que se celebren negociaciones sobre una amplia gama de problemas que figuran en la agenda de la Conferencia, quienes, por último, privan a la Conferencia de la posibilidad de responder a la exigencia básica de toda la humanidad de que emprendamos sin demora negociaciones sobre la prevención de la guerra nuclear y, sin escatimar fuerzas ni tiempo, llevemos a buen término esas negociaciones?

Sr. TELLALOV (Bulgaria) [traducido del inglés]: Ante todo, deseo comunicar a los colegas soviéticos el más sentido y sincero pésame de la delegación de Bulgaria por el fallecimiento del Secretario General del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética y Presidente del Presídium del Soviet Supremo de la URSS, Konstantin Ustinovich Chernienko.

En mi declaración de hoy deseo referirme al tema 5 de nuestra agenda "Prevención de la carrera de armamentos en el espacio ultraterrestre".

Hoy día, la prevención de la militarización del espacio ultraterrestre es una tarea de importancia primordial. Su logro es clave para los esfuerzos de la comunidad internacional encaminados a reducir el peligro de guerra, en particular de guerra nuclear. En gran medida, el resultado de estos esfuerzos determinará las perspectivas de lograr acuerdos significativos en otras esferas del control de armamentos.

La estabilidad estratégica del mundo actual depende del éxito que podamos tener en las tentativas de evitar que el espacio ultraterrestre se convierta en un escenario nuevo, y más peligroso en potencia, de la carrera armamentista. Todos nosotros tenemos la responsabilidad de trabajar con ahínco para invertir las tendencias que llevan a la militarización del espacio ultraterrestre antes de que sea demasiado tarde.

La comunidad internacional no emprende la lucha por la paz del espacio ultraterrestre a partir de cero. Gracias a la visión y a los esfuerzos de quienes han creído y siguen creyendo en las medidas preventivas de desarme, en los decenios de 1960 y 1970 se ha presenciado el establecimiento de la base jurídica internacional para garantizar la utilización del espacio ultraterrestre con fines pacíficos.

De importancia innegable en este sentido son:

el Tratado de Moscú de 1963 por el que se prohíben los ensayos de armas nucleares en la atmósfera, el espacio ultraterrestre y debajo del agua;

(Sr. Tellalov, Bulgaria)

el Tratado de 1967 sobre los principios que deben regir las actividades de los Estados en la exploración y utilización del espacio ultraterrestre, incluso la Luna y otros cuerpos celestes;
el Tratado de 1972 entre la Unión Soviética y los Estados Unidos sobre la limitación de los sistemas de proyectiles antibalísticos;
el acuerdo de 1979 que debe regir las actividades de los Estados en la Luna y otros cuerpos celestes.

Todos estos tratados representan logros importantes en la labor encaminada a limitar la utilización del espacio ultraterrestre con fines militares.

Sin embargo, el objetivo de impedir totalmente que la carrera armamentista entre en el espacio ultraterrestre está todavía por lograr. Su importancia ha aumentado bruscamente habida cuenta de los últimos acontecimientos, que son resultado de la reaparición de algunas de las antiguas esperanzas de utilizar el espacio para conseguir la superioridad militar. Estos actos ponen en peligro la posibilidad de adoptar nuevas medidas en la esfera del control de armamentos en el espacio ultraterrestre. Análogamente, han surgido graves preocupaciones en el sentido de que los acuerdos pertinentes sobre desarme puedan correr auténtico peligro.

Los programas militares en marcha y los preparativos para adquirir la capacidad de desencadenar una "guerra de las galaxias" ha causado una preocupación considerable en todo el mundo. La llamada "Iniciativa de Defensa Estratégica" se ha convertido en tema de intensos debates en los más amplios círculos políticos y científicos por constituir un desafío sin precedentes a las aspiraciones de paz de todos los pueblos.

La "Iniciativa de Defensa Estratégica" se presenta oficialmente como un programa futurista para construir una defensa antiproyectiles balísticos, algunos de cuyos elementos estarían emplazados en el espacio y que, según se dice, haría que las armas nucleares quedaran "impotentes y anticuadas". Sin embargo, en general se considera esta iniciativa como el último intento de imponer a la comunidad internacional un peligroso concepto militarista más, cuya posible realización entraña riesgos innumerables para el futuro de toda la humanidad. El motivo real de este proyecto de "guerra de las galaxias" parece ser, una vez más, la interminable búsqueda por los Estados Unidos de lograr la superioridad estratégica sobre la Unión Soviética, que en la práctica significaría también la superioridad militar de la OTAN sobre la Organización del Tratado de Varsovia.

(Sr. Tellalov, Bulgaria)

La terminología "defensiva" utilizada para ocultar el carácter de este programa no puede esconder la verdad, y la verdad es que en caso de que se aplicara, la "Iniciativa estratégica" de los Estados Unidos socavaría los cimientos mismos de la estabilidad, la paz y la seguridad internacionales. Análogamente, perjudicaría las tentativas de detener la carrera de armamentos nucleares y seguir desarrollando el régimen jurídico internacional en la esfera del desarme.

La mayor parte de la comunidad internacional sigue sin estar convencida de que la "Iniciativa de Defensa Estratégica" de los Estados Unidos sea una mera investigación científica sin consecuencias militares ni políticas graves.

Se ha pedido al Congreso de los Estados Unidos que apruebe un presupuesto de 3.700 millones de dólares para este año, después de haber aprobado el año pasado otro de 1.400 millones para "investigación" sobre lo que se prevé constituya un sistema de proyectiles antibalísticos en tres escalones. Esta cantidad representa un aumento de casi el 300% en sólo un año. Para el próximo quinquenio se ha previsto dedicar a estos fines la suma de 30.000 millones de dólares. El gasto de sumas tan enormes ha sido siempre una indicación seria de que, en algún momento, se pretende que las actividades de investigación entren en la fase de ensayo, producción y emplazamiento de las armas de nueva creación.

Además, ya se ha establecido un Mando Conjunto para el Espacio Ultraterrestre de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos. Se está construyendo un centro para este Mando con miras a realizar operaciones militares en el espacio ultraterrestre.

Fred C. Ikle, Subsecretario para cuestiones políticas de Defensa de los Estados Unidos, ha declarado que "la Iniciativa de Defensa Estratégica" no es un programa facultativo, al margen de los esfuerzos de defensa, sino que ocupa un punto central en la planificación militar de los Estados Unidos hasta bien entrado el próximo siglo. El Teniente General James A. Abrahamson, jefe de ese programa, ha comunicado que la aplicación del proyecto se estaba realizando a un ritmo tan rápido que los primeros ensayos de armas espaciales mediante la utilización de transbordadores estaban previstos para principios de 1987, dos años antes de la fecha prevista.

En la abundante información de prensa publicada la semana pasada sobre esta cuestión se ha comunicado claramente que "la investigación que están realizando los laboratorios oficiales de los Estados Unidos y los contratistas militares no permite duda alguna de que la "guerra de las galaxias" es bastante más que una fantasía o, por lo menos, algo más que el gambito político que han sugerido algunos".

(Sr. Tellalov, Bulgaria)

El que el programa estadounidense de proyectiles antibalísticos emplazados en el espacio, pregonado como defensa estratégica no nuclear, pueda servir para varias funciones ofensivas importantes, que revelan los propósitos a los que está destinado, ha causado gran preocupación.

Destacados expertos en esta esfera han señalado a nuestra atención que este supuesto sistema defensivo se puede utilizar con los siguientes fines:

- a) como complemento defensivo de un ataque nuclear ofensivo -cobertura que permita lanzar proyectiles con armas nucleares en un primer ataque al tiempo que se mantiene en reserva la defensa para hacer frente a un contraataque de represalia;
- b) como arma para destruir los satélites espaciales del enemigo que han ido adquiriendo cada vez más importancia en los sistemas estratégicos militares;
- c) Como medio de desencadenar ataques ofensivos relámpago desde el espacio contra objetivos terrestres relativamente "débiles", tales como aviones, buques petroleros, centrales de energía, etc., causando incendios y daños instantáneos que podrían "transportar a un país industrializado al nivel del siglo XVIII en 30 minutos";
- d) como instrumento que, una vez perfeccionado, podría emplearse para destruir los silos de cemento y acero que protegen los proyectiles estratégicos bajo tierra, con lo que se convertirían en arma de primer ataque.

Por poco realista que parezca, la esperanza de crear un sistema antimisiles a toda prueba podría engendrar en la mente de algunos militaristas la peligrosa ilusión de que sería posible lanzar impunemente un ataque nuclear. Ello podría inducir a esas personas a considerar racionalmente concebible una guerra nuclear, lo que haría que la guerra nuclear resultara más probable en sí.

Como han señalado los eminentes científicos estadounidenses Hans A. Bethe (Premio Nobel), Richard L. Garwin, Kurt Gottfried y Henry W. Kendall: "Aunque el nacimiento de la defensa de proyectiles balísticos emplazados en el espacio no haya sido el producto de un cataclismo, el éxito en el emplazamiento de esa defensa crearía un equilibrio estratégico muy inestable. Es difícil imaginarse un sistema que pueda inducir más a la catástrofe que el tipo de sistema que requiera la adopción de decisiones críticas en un segundo, que aún no haya sido sometido a prueba, sea frágil y ponga en peligro la capacidad de contraataque del bando contrario".

La afirmación de que el sistema antiproyectiles balísticos previsto por los Estados Unidos es no nuclear y defensivo carece de todo fundamento. Ese sistema está destinado a servir y complementar directamente las fuerzas ofensivas estratégicas nucleares. Varios componentes de este sistema se basan en el empleo de explosiones

(Sr. Tellalov, Bulgaria)

nucleares para obtener la energía que necesitan. Además, al tiempo que se crea la cobertura nuclear, se siguen aplicando los programas de emplazamiento de armas nucleares destinadas a un primer ataque, como los proyectiles balísticos "MX" y Pershing-II en Europa occidental, los bombarderos B-1 y "Stealth", los proyectiles balísticos submarinos Trident-II, etc.

Es natural preguntarse por qué necesitan los Estados Unidos introducir esos sistemas nucleares, si lo que de verdad se proponen es pasar a una estrategia no nuclear orientada a la defensa.

En cuanto al argumento de que la "Iniciativa de Defensa Estratégica" haría que, con el tiempo, las armas nucleares quedaran "impotentes y anticuadas", cada vez está más claro que el objetivo previsto es hacer que las armas nucleares soviéticas queden "impotentes y anticuadas", al tiempo que se deja prácticamente intacto el arsenal nuclear ofensivo de los Estados Unidos, e incluso se lo refuerza.

La puesta en práctica de la "Iniciativa de Defensa Estratégica" asestará un golpe destructivo a los esfuerzos encaminados a detener la carrera de armamentos nucleares y lograr el desarme nuclear. Lo que se prevé en general es que el establecimiento de un sistema de defensa estratégica daría paso a una acumulación ilimitada de fuerzas nucleares ofensivas.

En su reciente publicación titulada: "La opción del Presidente: guerra de las galaxias o control de los armamentos", McGeorge Bundy, George F. Kennan, Robert S. McNamara y Gerard Smith dicen:

"Sencillamente no es posible eludir el hecho de que la guerra de las galaxias no brinda la esperanza de una mayor seguridad, sino la certeza de una expansión en gran escala de sistemas de armas, tanto ofensivas como defensivas, por ambas partes. No estamos examinando aquí la consternada reacción de nuestros aliados europeos, pero éste es precisamente el panorama que prevén, que viene a añadirse a las preocupaciones especiales que les causa su reconocimiento de que el programa de la guerra de las galaxias, en su forma actual, no les ofrece nada. En suma, la guerra de las galaxias no es un remedio para poner fin a la amenaza de las armas nucleares ni para limitarla, sino un medio conducente a una rivalidad ilimitada en cuanto a gastos, duración y peligros."

La lógica de estas palabras es implacable. Si una parte crea un "escudo nuclear" y emplaza armas nucleares para asestar el primer ataque, la otra parte se vería obligada a adoptar todas las medidas necesarias para contrarrestar la amenaza implícita a

(Sr. Tellalov, Bulgaria)

su propia seguridad, comprendida la ampliación de sus fuerzas nucleares y estratégicas. En relación con este aspecto, el senador Edward Kennedy señaló con razón en enero pasado que no era preciso ser un Newton para entender que el principio fundamental de la carrera armamentista exige que toda medida adoptada por una de las partes engendra la adopción de una contramedida por la otra.

Si se llevara a cabo la "Iniciativa de Defensa Estratégica", no sólo se socavarían los elementos existentes del régimen internacional de no militarización del espacio ultraterrestre sino que se socavarían esos principios.

Constituiría una amenaza directa para el Tratado de 1972 soviético-estadounidense sobre la limitación de los sistemas de proyectiles antibalísticos, por el que se prohíben el desarrollo, los ensayos y el emplazamiento de sistemas o de componentes de sistemas de defensa ABM con base en el espacio, así como el emplazamiento de sistemas de defensa antimisiles que cubran todo el territorio de los Estados Partes. La concertación de ese Tratado de duración ilimitada constituyó un importante paso adelante en el fortalecimiento de la estabilidad estratégica, que dio paso al logro de los acuerdos SALT-II. La violación del Tratado ABM, meta a la que apunta objetivamente la "Iniciativa de Defensa Estratégica" estadounidense, conduciría a una aguda desestabilización del medio estratégico y perjudicaría las posibilidades de concertar nuevos acuerdos en la esfera del desarme nuclear.

También correría peligro el Tratado de 1963 firmado en Moscú por el que se prohíben los ensayos con armas nucleares en la atmósfera, en el espacio ultraterrestre y debajo del agua. La realización de esos ensayos se prevé como medio de suministrar energía para los componentes láser de los Rayos X del sistema ABM que se está desarrollando actualmente en los Estados Unidos.

Las nuevas negociaciones, iniciadas la semana pasada en Ginebra entre la Unión Soviética y los Estados Unidos sobre todo el conjunto de cuestiones relacionadas con el espacio ultraterrestre y las armas nucleares -tanto estratégicas como de alcance intermedio- permiten abrigar la esperanza de que puedan resolverse eficazmente las cuestiones de las que depende la seguridad de todos los países. Esas negociaciones brindan una nueva, y quizá última, posibilidad de prevenir una peligrosa militarización del espacio ultraterrestre y de crear una situación que permita adoptar importantes medidas conducentes al desarme nuclear.

(Sr. Tellalov, Bulgaria)

En la Declaración conjunta estadounidense-soviética, de 8 de enero de este año, se dice:

"La finalidad de las negociaciones consistirá en elaborar acuerdos eficaces para prevenir una carrera de armamentos en el espacio ultraterrestre y poner fin a esa carrera en la Tierra, limitar y reducir los armamentos nucleares y reforzar la estabilidad estratégica."

El éxito de esas negociaciones parece depender de que ambas partes se adhieran a la cuestión y al objetivo acordados. Únicamente una estricta observancia de todos los elementos de la Declaración conjunta podría hacer progresar las negociaciones con miras a lograr "la eliminación general y completa de las armas nucleares".

Mi delegación -y supongo que muchas otras- se siente impresionada por el amplio y constructivo enfoque adoptado por la URSS de la cuestión de la no militarización del espacio ultraterrestre. La voluntad de la Unión Soviética de resolver radicalmente este problema se ha evidenciado en sus proyectos de tratado de 1981 y 1983 y en la iniciativa, titulada "Utilización del espacio ultraterrestre exclusivamente con fines pacíficos para el bien de la humanidad", que presentó a la Asamblea General en su trigésimo noveno período de sesiones.

El discurso pronunciado el 11 de marzo por el camarada Mijail Gorbachov, Secretario General del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, constituye una manifestación más de esa posición constructiva.

Incumbe a la Conferencia de Desarme la importante tarea de elaborar acuerdos para prevenir una carrera de armamentos en el espacio ultraterrestre. A nuestro juicio, las delegaciones están obligadas a cooperar en la adopción de medidas prácticas y serias.

La mejor manera para avanzar en este sentido es establecer un comité ad hoc sobre el tema 5, según lo estipulado en la resolución 39/59, a favor de la cual votaron 150 Estados, y que no obtuvo ningún voto en contra. La urgente necesidad de adoptar medidas sobre la no militarización del espacio ultraterrestre es algo más que evidente. A nuestro entender, la Conferencia de Desarme debe hacer todo lo posible por resolver el problema de procedimiento para fines de marzo, e iniciar la labor de fondo en relación con ese tema.

Creemos que se trata de algo posible si cada uno de los tres grupos aporta su propia contribución con el fin de llegar a una fórmula de transacción que prepararía el terreno para que la Conferencia de Desarme pueda cumplir sus responsabilidades como único órgano multilateral de negociación en la esfera del desarme.

- - Sr. WEGENER (República Federal de Alemania) [traducido del inglés]:

Señor Presidente, mi delegación saluda, a través de usted, representante de Venezuela, a un país que durante muchos decenios ha sido el faro de la democracia en América Latina y se ha distinguido por sus vigorosos esfuerzos en pro de la justicia, los derechos humanos y la paz de la región.

Mi Gobierno ha insistido en que se escuchara la voz de mi delegación en la primera sesión plenaria de nuestra Conferencia del presente período anual de sesiones dedicada al tema 3 de la agenda, la prevención de una guerra nuclear, incluidas todas las cuestiones conexas. Sin embargo, mi Gobierno no es el único que atribuye importancia prioritaria a la prevención de la guerra, en particular, de una guerra que entrañe el empleo de armas nucleares. Todas las delegaciones reunidas en esta sala comparten tal actitud. El tema 3 de la agenda es, de hecho, el punto central de nuestra empresa colectiva. El desarme y el control de armamentos no pueden ser tan sólo la reducción o la eliminación de algunos tipos de pertrechos militares. El elemento del comportamiento es igualmente importante. Es preciso asegurarse de que esas armas, y más particularmente las armas nucleares, que los Estados consideran necesario mantener para su seguridad, no se van a utilizar y que, en lo sucesivo, no se recurra a la guerra como medio de lograr objetivos políticos. El tema de la prevención de una guerra nuclear, incluidas todas las cuestiones conexas, pone de relieve los dos aspectos de nuestra tarea, la necesidad de proceder a reducciones drásticas de los armamentos, con la esperanza de la eliminación completa de algunas categorías de armas, y la elaboración de normas de comportamiento de los Estados, con la perspectiva de modelar un mundo para siempre pacífico. El examen del tema 3 de la agenda adquiere mayor importancia en el momento en que se están celebrando negociaciones bilaterales entre las dos principales Potencias. Se hace cada vez más evidente el hecho de que corresponde a la Conferencia aportar su contribución a un marco multilateral para la prevención de una guerra nuclear y de cualquier conflicto armado.

En su declaración del 7 de febrero, mi delegación observó que una de las tareas inmediatas de la Conferencia era la de hallar una fórmula de procedimiento apropiada que permitiera examinar la prevención de la guerra y la elaboración de posibles medidas adecuadas y prácticas con tal fin; mi delegación indicó asimismo que era necesario concertar cuanto antes un programa sustantivo de trabajo sobre el tema 3 de la agenda, suficientemente amplio para permitir que se examinaran a fondo todas las perspectivas y propuestas.

(Sr. Wegener, Rep. Fed. de Alemania)

El documento de trabajo CD/578, que tengo el honor de presentar hoy y que está a disposición de todas las delegaciones, intenta aportar una contribución para el logro de ambos objetivos. Aprovecharé esta ocasión para dejar sentado que ese documento de trabajo refleja la posición de mi propia delegación. Sin embargo, esperamos que reciba amplio apoyo. En vista de las dificultades con que se ha tropezado en la elección de una organización estructural precisa para el examen del tema 3 de la agenda, nos hemos abstenido de formular en el documento de trabajo propuestas firmes, para enunciar en lugar de ello los requisitos previos de cualquier examen argumentado y constructivo del tema de la agenda. A tal efecto se establece una lista de criterios que debería reunir la futura fórmula de procedimiento. El documento de trabajo contiene también un proyecto de programa de trabajo sobre el tema 3 de la agenda en forma de una lista indicativa de cuestiones que deben examinarse. Esa lista no refleja posiciones rígidas, sino que simplemente trata de englobar las tentativas que se han hecho para preparar nuestra labor sustantiva sobre el tema de la agenda.

Mi delegación ha incluido deliberadamente la mayor cantidad posible de propuestas y conceptos de otras delegaciones y grupos. Sin embargo, la lista permanece abierta a cualquier modificación o enmienda razonables. Por supuesto, la prueba de su utilidad será el grado de consenso que pueda lograrse tanto sobre la propia lista como sobre el examen sustantivo de cada uno de sus subtemas.

En el documento de trabajo se plantea, en efecto, una pregunta fundamental: ¿en qué momento y en qué forma podrá, por fin, la Conferencia emprender una labor sustantiva, orientada hacia el futuro, sobre el tema 3 de la agenda, es decir, un examen racional y completo de todos los puntos de vista y de todas las propuestas de la manera más funcional y orientada hacia la búsqueda de soluciones?

Están claras las posiciones iniciales de la mayoría de las delegaciones y grupos. Han sido expuestas en muchas ocasiones. Debemos ahora comenzar a discutir y precisar los razonamientos en que se basan nuestros puntos de vista; debemos cesar de promulgarlos meramente. Todos los puntos de vista, tanto los más atractivos como los más controvertidos, deben someterse a la misma prueba rigurosa y profesional: la prueba de la razón. Ninguna delegación ni grupo de delegaciones debería soslayar esta prueba recurriendo a fórmulas, a menudo capciosas, arbitrarias y superficiales para la prevención de una guerra nuclear, únicamente porque hayan sido formuladas con anterioridad o porque hayan sido ya objeto de alguna conferencia o de alguna resolución. El objetivo de una conferencia basada en el consenso está claro. Debemos buscar soluciones que sean generalmente aceptables y satisfagan los requisitos de seguridad de todos los países. Debe ser evidente para todas las delegaciones que sólo puede conseguirse una unidad de criterios sobre el desarme -y los resultados consiguientes- si se refuerza la seguridad de todos los Estados.

(Sr. Wegener, Rep. Fed. de Alemania)

Mi delegación y otras delegaciones de países occidentales han expuesto en repetidas ocasiones, y más recientemente en el trigésimo noveno período de sesiones de la Asamblea General, sus opiniones en materia de seguridad. Ahora ha llegado el momento de discutir, explicar y exponer los fundamentos en que se basan esas opiniones. Pero mi delegación, junto con otras, realizará el examen del tema 3 de la agenda animada de un espíritu constructivo y con miras a lograr un consenso, en estricta conformidad con la letra y el espíritu del Documento Final del primer período extraordinario de sesiones de la Asamblea General dedicado al desarme.

Escucharemos las opiniones ajenas con la mayor atención, pero también deseamos que se nos escuche. Queremos establecer un diálogo provechoso y fructífero y participar en la búsqueda de una estrategia común para la prevención de la guerra en la era nuclear.

Mi delegación espera que el presente documento de trabajo contribuya a alcanzar este fin.

El PRESIDENTE: Agradezco al distinguido representante de la República Federal de Alemania su declaración, así como los amables comentarios dirigidos a la Presidencia.

Doy ahora la palabra al distinguido representante de la Argentina, Embajador Carasales.

Sr. CARASALES (Argentina): Sr. Presidente, el mundo recordará este año el cuadragésimo aniversario del comienzo de la era nuclear. En 1945 hizo su aparición sobre la faz de la Tierra un terrible instrumento de destrucción en masa, que nos ha acompañado desde entonces. Ha ido creciendo constantemente en número y en potencia devastadora. Por primera vez en la historia, el exterminio de toda vida sobre el planeta se presentó como una eventualidad real y posible.

Desde hace cuatro décadas la humanidad ha tenido que vivir con la conciencia de que su futuro es aleatorio y de que en el momento más inesperado y repentino puede desatarse una hecatombe que pondrá fin a siglos de civilización y que, en el mejor de los casos, condenará al sobreviviente a un destino impredecible.

El Presidente de la República Argentina expuso de manera elocuente, al suscribir el 28 de enero pasado la Declaración de Nueva Delhi, el sombrío interrogante que se cierne sobre el hombre de hoy. Allí dijo:

"Hemos perdido el derecho a la vida. Nadie nos exigió que lo entregáramos. Nunca renunciamos a él voluntariamente. Pero casi sin darnos cuenta nos lo arrebató la carrera armamentista nuclear entre las superpotencias.

(Sr. Carasales, Argentina)

Todos los derechos y libertades de los hombres y las naciones, todos los bienes materiales y espirituales que, en su diversidad, poseen unos y otras, descansan en un dato fundamental: el derecho a la vida. Se trata de un atributo tan esencial que jamás fue negado por civilización o cultura alguna. Sin embargo hoy lo hemos perdido: en pocos minutos un pequeño grupo de personas puede destruir lo que cada ser humano de este planeta tiene -empezando por su vida y la de los suyos- y todo lo que cada nación ha construido a través de siglos, sin oír nuestra voz, fuera de nuestra voluntad y sin que siquiera lo sepamos. Es posible incluso que en poco tiempo más no sea siquiera un grupo de hombres sino un par de máquinas las que automáticamente terminen con la humanidad."

La situación que enfrentamos está gráficamente descrita en las palabras precedentes. Surge lógicamente de ellas que la humanidad tiene una, una sola, tarea suprema por delante: impedir el estallido de una guerra nuclear.

La prevención de una guerra nuclear, el tema 3 de la agenda de esta Conferencia, viene siendo, diría que desde el instante mismo en que explotó la primera bomba atómica, la única misión insoslayable. Fue lamentable, hasta diría una tragedia, que ese impresionante acontecimiento ocurriera cuando ya estaba suscrita, seis semanas antes apenas, la Carta de las Naciones Unidas. Será siempre una de las grandes incógnitas de la historia la magnitud de los sacrificios de soberanía que los países habrían estado dispuestos a efectuar si hubieran actuado bajo el impacto de las escalofriantes perspectivas abiertas en ese momento.

Pero no fue así. Quedó para el hombre y la sociedad de la segunda mitad del siglo XX buscar las fórmulas y vías susceptibles de posibilitar que haya un siglo XXI.

No es ésta la oportunidad de recordar todos los esfuerzos desarrollados en ese sentido. Han sido numerosos y variados, bilaterales y multilaterales. Pero la claridad de objetivos de los primeros años se fue creyendo perdiendo y los caminos desperdigándose. Hacia el final de la década del 40 pasó desaprovechada una oportunidad que nunca volvió. No hay que olvidar que el Plan Baruch contemplaba que todas las actividades de utilización pacífica de la energía atómica se desarrollarían bajo el control de una autoridad internacional, que la producción de armas nucleares cesaría y que dejarían de formar parte de los arsenales nacionales.

Poco después, también cabe recordarlo, el entonces Embajador Gromyko proponía un proyecto de convención según el cual los Estados parte se comprometían a no usar armas nucleares bajo ninguna circunstancia, a prohibir la producción y almacenamiento de tales armas y a destruir los stocks existentes.

(Sr. Carasales, Argentina)

Como todos sabemos, la ocasión pasó sin que se llegara a nada. Los esfuerzos internacionales no cesaron sin embargo, pero fueron siendo menos ambiciosos y se dispersaron por una serie de caminos. Se trata de evitar el estallido de una guerra nuclear por error, falta de comunicación o accidente. Se busca la vía del no uso de la fuerza en las relaciones internacionales o del fortalecimiento de los métodos de solución pacífica de los conflictos. Se intentó el otorgamiento de garantías a los países no poseedores de armas nucleares por parte de quienes las tienen. Se logró crear una zona libre de armas nucleares y se promueve el establecimiento de otras nuevas. Se favorecen medidas de fomento de la confianza y se firmó un Tratado sobre prohibición parcial de ensayos nucleares, a la vez que se procura en vano hacer la prohibición completa. Acuerdos bilaterales de desarme fueron suscritos y se aspira a un congelamiento de los arsenales nucleares o una prohibición de la producción de material fisiónable. Y esta lista, Sr. Presidente, no es ciertamente exhaustiva.

Algunos de estos esfuerzos han sido exitosos. Los más, no. En general el avance ha sido escaso o nulo y en ciertos casos hasta se ha retrocedido, como en materia de prohibición de ensayos de armas nucleares.

Pero puede afirmarse que, aun cuando el panorama fuera más favorable, las vías elegidas, válidas en sí mismas, son inconducentes para eliminar definitivamente el peligro de la hecatombe nuclear. Cualesquiera sean los méritos individuales de unos u otros enfoques, es indudable que representan apenas o tan sólo pretenden una disminución, una atenuación del riesgo del estallido de una guerra nuclear. De ninguna manera lo hacen imposible. Peor aun, la meta permanece distante y por momentos parece alejarse más y más hasta hacerse inalcanzable.

Los pasos parciales o colaterales son, desde el punto de vista de la prevención de la guerra nuclear, inefectivos o transitorios. Se podrá por ejemplo suprimir tres SS-20 por cada dos Pershing o viceversa, y ello será considerado un gran progreso, pero ¿es que la situación habrá realmente cambiado? ¿Es que nuevos misiles no reemplazarán pronto a los prohibidos o limitados? ¿Es que todos los días no aparecen nuevos instrumentos bélicos, como los vectores nucleares que se desplazan a baja altura, mucho menor que los aviones, violando el espacio aéreo soberano de los Estados y creando riesgos directos e indirectos de todo tipo? Ya a este problema se refirió hace unos días, Sr. Presidente, el Sr. Tornudd, Subsecretario de Relaciones Exteriores de Finlandia.

(Sr. Carasales, Argentina)

Con estas palabras no deseo de ninguna manera menoscabar la validez o la importancia de los esfuerzos que se están desarrollando, aunque es obvio que no todos tienen el mismo valor. Resultados concretos en estos esfuerzos serán siempre positivos y bienvenidos. Pero debemos tener clara conciencia de que aún en ese caso el objetivo supremo, la prevención de la guerra nuclear, no habrá sido logrado.

Prevenir significa evitar, impedir, precaver, y ello jamás estará asegurado mientras continúen presentes en los arsenales de cada Potencia las armas nucleares. Por el tiempo en que esos instrumentos de destrucción en masa existan, el riesgo de un ataque, aun accidental o involuntario, persiste, como subsiste lógicamente la posibilidad de una respuesta.

Si queremos realmente llegar a una cabal y efectiva prevención de la guerra nuclear, existe un solo camino capaz de garantizar la obtención del propósito fijado: la prohibición -para usar la terminología corriente en armas químicas- del desarrollo, la producción, el almacenamiento, la transferencia, el emplazamiento y el uso de las armas nucleares.

Que el señalado sea, en nuestra opinión, el único camino que puede realmente evitar el estallido de una guerra nuclear no quiere decir que sea fácil, cercano o incluso posible, al menos en un futuro inmediato. Mencionarlo siquiera parece signo de ingenuidad o de ilusión.

No olvidemos sin embargo que una vez esa meta fue posible, como lo recordé hace un instante. Tengamos en cuenta que la prohibición de las armas nucleares continúa siendo un permanente objetivo de la amplia mayoría de la comunidad internacional. No dejemos de valorar que en el comunicado bilateral del 8 de enero pasado se reconoce por primera vez en este contexto, como meta válida, la eliminación general y completa de las armas nucleares.

Hoy día son frecuentes las manifestaciones acerca de las virtudes de la desaparición de las armas nucleares o de la conveniencia de convertirlas en obsoletas. No puedo dejar de acotar a este respecto, como lo hacía días pasados nuestro colega, el Embajador de Perú que, si ese es el auténtico objetivo, el camino más directo y menos costoso es la negociación de un tratado de prohibición de las armas nucleares, cuya verificación no será más difícil que otras que puedan eventualmente contemplarse. Por otra parte, el medio disponible y rápido para tornar obsoletas las armas nucleares es evidentemente un tratado de prohibición completa de los ensayos de armas nucleares. Ambos caminos están abiertos y lo han estado desde hace largos años.

(Sr. Carasales, Argentina)

Señor Presidente, los años se van sucediendo y el mundo sigue viviendo, sin la menor perspectiva de solución, en un estado de inseguridad, incertidumbre e inestabilidad que resulta insoportable.

Se impone el interrogante de hasta cuándo podrá la humanidad tolerar pasivamente una situación que la Declaración de Nueva Delhi describe en estos términos:

"Casi imperceptiblemente, durante los cuatro últimos decenios, cada nación y cada ser humano han venido perdiendo la facultad de controlar, en última instancia, su propia vida y su propia muerte. Un reducido número de hombres y de máquinas en ciudades lejanas puede decidir el destino de todos nosotros. Cada día que vivimos es un día de gracia, como si la humanidad toda fuera un preso que espera en la celda de la muerte el momento incierto de su ejecución. Y, como todo acusado inocente, nos negamos a creer que la ejecución vaya a verificarse."

Cabe legítimamente preguntarse ¿es que los países poseedores de armas nucleares necesitan realmente de dichas armas para vivir en seguridad, por lo menos en la relativa seguridad que es posible alcanzar en este mundo? ¿Es que, en último análisis, no estarían verdaderamente más seguros si no hubiere armas nucleares capaces de atacarlos a través de miles de kilómetros? ¿Es que las defensas convencionales no tendrían el mismo poder de disuasión y de defensa? ¿Es que acaso no es cierto que la Unión Soviética y Estados Unidos son convencionalmente invulnerables?

Siempre se ha justificado la posibilidad de una reacción nuclear como la sola manera que tiene Europa occidental de contrarrestar la superioridad convencional del Pacto de Varsovia. Aun admitiendo que exista tal superioridad, ¿es que ello debe necesariamente ser así? ¿Es que el arma nuclear es la única alternativa? ¿Es que Occidente no tiene los recursos humanos y materiales suficientes -si está dispuesto a soportar el precio- para oponer a cualquier adversario una disuasión convencional creíble?

Los riesgos de una guerra nuclear perdurarán inevitablemente mientras algunos Estados basen su seguridad en el posible empleo de armas atómicas. Disuasión nuclear y prevención de la guerra nuclear son, creo, conceptos antagónicos e incompatibles. Hasta que tales Estados prescindan de ese medio de defensa, porque para defenderse alegan necesitarlo, será vano todo intento de eliminar el peligro máximo que nos preocupa. Lo curioso de todo este cuadro, lo paradójico, es que esa invocada

(Sr. Carasales, Argentina)

"defensa propia" implica no sólo la posible obliteración del enemigo sino también, lisa y llanamente, la autodestrucción y como resultado adicional la devastación del resto de la humanidad. Parece tener razón Henry Kissinger cuando expresa en un artículo publicado hace pocos días que "mientras los arsenales nucleares han crecido y la guerra nuclear se ha convertido en sinónimo de aniquilación mutua, Occidente se ha negado a enfrentar la imposibilidad psicológica de continuar descansando en una guerra nuclear general como una estrategia plausible".

La suposición de que el efecto disuasivo del arma nuclear garantiza la paz y asegura que nunca será utilizada -tal como se afirmó en un apologético discurso pronunciado en la Segunda Asamblea General Extraordinaria sobre Desarme- constituye una gigantesca falacia que necesita un único error -y son muchos los que pueden cometerlo, de uno y otro lado- para hacer realidad la tan temida pesadilla. Bastará una sola equivocación, una sola, porque no habrá tiempo para una segunda.

La descrita precedentemente es una realidad inescapable. Mientras existan las armas nucleares y mientras algunos perciban su utilización como legítima y justificada, los esfuerzos para prevenir la guerra nuclear serán pasos que quedarán a mitad del camino, intentos infructuosos de obtener lo imposible, sucedáneos que eludirán lo fundamental, cuando no simples ejercicios de autoengaño que hasta serán contraproducentes.

Un claro ejemplo de esto último es el afán de sumergir el problema de la prevención de una guerra nuclear en el más vasto de la prevención de la guerra en general. Este es un loable objetivo que la humanidad viene persiguiendo desde las más tempranas épocas de su historia y que deberá seguir tratando de alcanzar, pero que deja de lado la urgencia y especificidad de otra meta que debe ser indiscutiblemente prioritaria.

De ninguna manera es posible confundir ambos problemas o creer que existen entre ambos diferencias sólo de grado o de volumen. Algunas frases del Vicealmirante John Marshall Lee, pronunciadas en el coloquio que sobre esta temática organizó el denominado Grupo de Bellerive en diciembre de 1983, resumen, en mi opinión, acertada y claramente la distinta índole de los elementos en juego. La diferencia entre guerra nuclear y guerra convencional -dijo el Almirante Lee- "es de tal magnitud que estaríamos en mejor situación si tuviéramos nombres distintos para los dos fenómenos", es decir, agregó, si no utilizáramos la misma palabra "guerra" en los dos casos. "La prevención de una guerra nuclear debe ser reconocida, por lo tanto, como un objetivo separado y supremo para todas las naciones y pueblos del mundo. Por supuesto que queremos prevenir también las guerras convencionales. Y tenemos otras causas

(Sr. Carasales, Argentina)

profundamente importantes: personales, nacionales y universales. Pero la prevención de la guerra nuclear constituye en sí misma una clase aparte. En verdad, si usamos la palabra "vital" en su sentido literal, la prevención de una guerra nuclear es el único interés vital, verdaderamente vital de los Estados" ... "Si fracasamos en prevenir una guerra nuclear, todas las otras metas y causas se hundirán en la insignificancia más absoluta" ... "La paz, una paz completa, es un espléndido objetivo. La paz nuclear es una absoluta necesidad práctica".

No se me escapa, Sr. Presidente, que no es difícil, particularmente en temas tan abundantemente discutidos como éste, encontrar citas para abonar cualquier afirmación. Pero no cabe duda de que es más fácil, mucho más fácil, ubicarlas cuando se trata de calificar la nefasta naturaleza del arma nuclear. Es mucho más difícil, en cambio, cuando hay que exaltar sus supuestas virtudes. En este caso solemos comprobar que quienes invocan sus beneficios son directa o indirectamente funcionarios de los gobiernos que las esgrimen y, cosa curiosa pero muy significativa, son los mismos que con frecuencia pasan a engrosar las filas de los detractores cuando dejan el servicio público y pueden expresar entonces sus verdaderos sentimientos. Y a esto se refería días pasados el Sr. Embajador de Nigeria citando palabras de Lord Zuckerman.

Señor Presidente, la Conferencia de Desarme inscribió el tema 3 en su agenda en 1983, respondiendo a un pedido de la Asamblea General incluido en la resolución 37/78 "I". Fue esperanza de mi delegación y de muchas otras que la copatrocinaron o votaron, que ese tema, el más trascendental de nuestra época, recibiría en el seno de este órgano la consideración prioritaria, seria y sustantiva que merece.

Lamentablemente no ha sido así. Se nos han ofrecido ejercicios cuasi académicos que, cualquiera sea su interés, no están acordes con la competencia y la función específica de esta Conferencia ni brindan, en nuestra opinión, otra perspectiva que un debate inagotable sobre problemas de vasto alcance que solamente una visión muy particular puede considerar como formando parte del tema "prevención de una guerra nuclear". El Grupo de los 21, que desea profundamente el comienzo efectivo de una tarea que es ineludible, demostró a ese efecto un amplio espíritu de flexibilidad, que se tradujo en el proyecto de mandato para un Comité ad hoc contenido en el documento CD/515.

El saldo fue negativo, como todos conocen, y nada hace suponer, y ojalá me equivoque, que este año el panorama sea diferente. Como en tantas otras cuestiones, incluso aquéllas tan discutidas y maduras como el tema 1, nos encontramos ante una valla insuperable.

(Sr. Carasales, Argentina)

No es posible sin embargo resignarse a la frustración o la inactividad. Es el destino de todos el que está en juego. La Asamblea General, en su resolución 39/148 P, reitera nuevamente su pedido a la Conferencia de Desarme de que se ocupe activamente de la cuestión de la prevención de una guerra nuclear pero a la vez invita a los gobiernos a presentar sus puntos de vista sobre la mejor manera de promover el avance de este tema y solicita al Secretario General que prepare un informe sobre el particular.

Aguardamos con interés conocer el texto de las respuestas que envíen los gobiernos al pedido de la Asamblea General, como así también el informe encargado al Secretario General. Es de desear que, del análisis de esos documentos, surjan nuevas vías y procedimientos para progresar en la ruta hacia la prevención de una guerra nuclear. Entre esas vías posibles -así lo señaló en su contestación el Gobierno argentino- figura la posibilidad de establecer, como órgano dependiente de la Asamblea General, un Comité ad hoc sobre Prevención de la Guerra Nuclear. Quizá ese ámbito, de concretarse su creación, podría servir de fecundo foro de debate y de continuo análisis de la situación imperante en este campo, capaz de promover y auspiciar la adopción de medidas adecuadas y prácticas que la Asamblea General reclama y que el porvenir de la humanidad torna indispensable.

En todo caso, es insoslayable nuestro deber de proseguir y acentuar los esfuerzos para llegar a la prevención efectiva de una guerra nuclear.

Sr. Presidente, comencé esta intervención citando algunas palabras del Presidente de la República Argentina al suscribir la Declaración de Nueva Delhi. Creo quizás apropiado ponerle término con otra cita de idénticos orador y ocasión:

"Hay quienes piensan que no habrá holocausto nuclear porque no lo hubo hasta ahora. Se equivocan. Si se siguen aplicando los mismos criterios que han prevalecido en la carrera armamentista nuclear el holocausto se producirá inexorablemente, tarde o temprano.

Hay quienes se han resignado y aceptan el holocausto como inevitable. También se equivocan. La guerra nuclear no es un dato biológico al que no podemos escapar sino un hecho político que podemos y debemos impedir.

Es indispensable terminar con esa amenaza atroz. Es indispensable recuperar nuestro derecho a la vida. En todo lugar, en todo momento, hombres y naciones debemos reclamar para que nos lo devuelvan. No tenemos fuerza para imponerlo, pero tenemos la razón y la voz para exigirlo."

Sr. LOWITZ (Estados Unidos de América) [traducido del inglés]: En mis observaciones de hoy deseo referirme a un tema que se ha añadido a nuestra agenda hace relativamente poco tiempo, pero que tiene mucha importancia para mi delegación, así como para todos los Estados aquí representados. Hace sólo cuatro años que la Conferencia de Desarme viene estudiando la cuestión de la prevención de una carrera de armamentos en el espacio ultraterrestre. El trabajo sobre esta cuestión, en este foro y en otros, ha atraído la atención de la comunidad mundial, dado el papel que el medio ilimitado del espacio ultraterrestre desempeña cada vez más en nuestros asuntos cotidianos.

Es imposible exagerar los beneficios que para el mundo viene representando la utilización del espacio ultraterrestre con fines pacíficos, iniciada hace 30 años, que se ha multiplicado hasta el punto que las telecomunicaciones instantáneas mundiales mediante satélites artificiales de la Tierra son algo que prácticamente se da por hecho. También tendemos a olvidar el poco tiempo que hace desde que establecimos la capacidad para vigilar el sistema meteorológico mundial en un tiempo casi real, seguir la marcha de los principales sistemas de tormentas, y advertir por anticipado a los ciudadanos, así como a los aviones y a los buques, acerca de la situación en la alta mar. Es probable que casi todos nosotros hayamos visto las asombrosas fotografías que envían a la Tierra los satélites de teledetección. Estos satélites ayudan a localizar los recursos naturales y a impedir los desastres naturales debidos a la erosión o al uso indebido de las tierras.

Al mismo tiempo, debemos reconocer con toda franqueza que, junto con los grandes beneficios que depara la utilización del espacio ultraterrestre con fines pacíficos que ya he mencionado, y con la miríada de otros usos del mismo tipo demasiado numerosos para describir aquí, el espacio ultraterrestre ocupa desde hace mucho tiempo un lugar importante en las actividades militares de los Estados y de las alianzas de Estados. Ello comprende las comunicaciones, la navegación y la vigilancia de las fuerzas militares en la superficie de la Tierra. Otra actividad militar de importancia fundamental es la alerta anticipada contra la posibilidad de un ataque en gran escala por fuerzas nucleares.

Considero justo decir que para todos los Estados representados en esta sala no sólo es importante la utilización del espacio ultraterrestre con fines pacíficos, sino también la utilización con fines militares. Creo que todos nosotros podemos convenir en que la vigilancia por satélite de varios acuerdos internacionales en la esfera del control de armamentos, como los acuerdos bilaterales entre los

(Sr. Lowitz, EE.UU.)

Estados Unidos y la Unión Soviética, constituye una aplicación importante de la tecnología espacial que está directamente al servicio de la seguridad y la estabilidad internacionales. Las medidas de cooperación, como el acuerdo sobre la línea directa entre los Estados Unidos y la Unión Soviética también se basan en el empleo del espacio: en este caso para establecer los vínculos de telecomunicaciones.

Todos podemos reconocer asimismo que en el espacio ultraterrestre se desarrollan actividades militares relacionadas con el ensayo de armas y, por lo menos en un caso, el del sistema de armas antisatélite soviético, el espacio es el medio operacional de un sistema ya existente de destrucción de satélites. Además, cada vez que se ensaya un proyectil balístico intercontinental, desde el primero de esos ensayos que realizó la Unión Soviética en 1957, la trayectoria de vuelo del proyectil pasa por el espacio ultraterrestre. Desde luego, la existencia de fuerzas de proyectiles balísticos operacionales en posesión de varios Estados guarda una relación directa con la seguridad de todas las naciones.

Es evidente que la cuestión de la prevención de una carrera de armamentos en el espacio ultraterrestre no es una cuestión sencilla. Tiene muchas facetas, y todas ellas deben tenerse en cuenta. Una de esas facetas, de considerable importancia, es la novedad que muchas de las delegaciones aquí presentes ya han celebrado. Se trata de la celebración de negociaciones bilaterales entre mi país y la Unión Soviética, iniciadas aquí en Ginebra el 12 de marzo, con el objetivo de elaborar acuerdos efectivos encaminados a prevenir una carrera de armamentos en el espacio y ponerle fin en la Tierra. En varias de las intervenciones realizadas en la Conferencia se han destacado las responsabilidades especiales de las dos principales Potencias, dadas las dimensiones de su actividad en el espacio ultraterrestre, y se las ha exhortado a prestar especial atención a las cuestiones de control de armamentos que implican esas actividades. De hecho, eso es exactamente lo que esperamos ocurra en las negociaciones bilaterales. Uno de los tres grupos de negociación en los que se dividirán esas negociaciones se ocupará de las armas defensivas y espaciales.

Sin embargo, el decir que son dos las Potencias que tienen actualmente más actividades en el espacio ultraterrestre no significa que otros Estados no tengan también una presencia y un papel en ese medio. Todo el mundo reconoce que hay Estados y consorcios, entre ellos China, Francia, Japón, la India y el Organismo Espacial Europeo, que han lanzado sus propios satélites al espacio ultraterrestre. Hay otros muchos Estados que han utilizado las instalaciones de lanzamiento que les ofrecen esos Estados o consorcios y que hoy día ya tienen satélites en órbita. Por lo tanto, no cabe duda de que existe una dimensión multilateral de la cuestión de prevenir una carrera de armamentos en el espacio ultraterrestre, y la Conferencia de Desarme debe ocuparse a fondo de esa cuestión.

(Sr. Lowitz, EE.UU.)

Mi delegación se ha sumado a otras delegaciones occidentales al proponer, como fórmula de avenencia, que la Conferencia decida establecer un Comité ad hoc para determinar, en primer lugar, mediante un examen a fondo y sustantivo las cuestiones pertinentes para el tema de nuestra agenda. El Comité tendría en cuenta todos los acuerdos vigentes, así como las propuestas existentes y las iniciativas futuras.

En su declaración del 12 de febrero, el Sr. Kenneth Adelman, Director del organismo estadounidense de control de armamentos y desarme, se ocupó de la cuestión de un Comité ad hoc. Sugirió que el Comité se ocupara de la tarea, complementaria de la labor realizada en las negociaciones bilaterales, de un examen amplio de los acuerdos multilaterales vigentes.

Reconocemos, Sr. Presidente, la utilidad de las consultas que, bajo su orientación, se han venido realizando sobre la cuestión de establecer un órgano subsidiario, y esperamos que estas consultas den fruto cuanto antes, de modo que la Conferencia pueda ponerse a trabajar en el marco de un Comité ad hoc.

Ya en 1982 mi delegación habló en una sesión plenaria de la Conferencia acerca del importante papel que desempeñaban los compromisos existentes en materia de control de armamentos para asegurar la paz y estabilidad internacionales. Entre esos acuerdos figuran el Acuerdo de 1963 sobre la prohibición de los ensayos de armas nucleares en la atmósfera, en el espacio ultraterrestre y debajo del agua; el Tratado de 1967 sobre el espacio ultraterrestre y el Tratado bilateral de 1972 sobre los misiles antibalísticos. Mi delegación tendrá mucho más que decir acerca de los acuerdos de este tipo, en el contexto de la labor del Comité ad hoc. De momento permítaseme señalar sencillamente que el sistema actual de acuerdos internacionales sobre el espacio ultraterrestre establece ya unas limitaciones excepcionalmente importantes y jurídicamente vinculantes a las actividades militares en ese medio, y mi Gobierno considera que el cumplimiento de esas obligaciones tiene la máxima importancia.

Permítaseme pasar ahora a una cuestión conexas que está en el primerísimo plano de la atención pública desde hace varios meses, tema que planteó Ronald Reagan, Presidente de los Estados Unidos, en marzo de 1983, y al que se ha dado el nombre de Iniciativa de Defensa Estratégica. Considero importante ocuparme aquí y ahora de esta cuestión porque acerca de ella se han dicho muchas cosas que inducen a error o son claramente falsas. Para hablar de la Iniciativa de Defensa Estratégica hay que mencionar hechos, y no fantasías.

(Sr. Lowitz, EE.UU.)

La idea básica de la Iniciativa de Defensa Estratégica es la siguiente: supon- gamos que las investigaciones demostraran que es viable construir un sistema defensivo que podría disminuir en mucho la potencia, o incluso hacer inofensiva la amenaza que plantean los proyectiles balísticos con cabezas de guerra nucleares. ¿No sería mejor, en tal caso, convenir en reestructurar la base de la estabilidad estratégica, y pasar de un sistema basado últimamente en la amenaza de represalias con armas nucleares a otro basado en un sistema defensivo que no planteara esa amenaza? ¿No sería este un sistema más estable de seguridad internacional, de disuasión de la guerra, que el actual? Y, ¿no contribuiría al objetivo -objetivo que todos nosotros compartimos plenamente de la eliminación total de las armas nucleares en todas partes?

Debemos preguntarnos si no deben abrirse las esclusas de la creatividad a las ideas que aumentan las posibilidades de que jamás se empleen las armas nucleares a fin de asegurar que jamás se haga una guerra nuclear, guerra que jamás se podría ganar. Se trata de objetivos en los cuales todos los miembros de esta Conferencia están empe- ñados desde hace muchos años: la búsqueda de la seguridad internacional, la tentativa de aplicar las ideas y la diplomacia al problema más fundamental de nuestra época. Espero, pues, que los Estados aquí representados no se apresuren a criticar, sino que por el contrario estudien lo que mi Gobierno propone en realidad. Después de todo, si los miembros de este órgano han atacado las teorías del terror mutuo o de la des- trucción asegurada mutua por improcedentes, o incluso inmorales ¿es ahora una actitud responsable por su parte insistir en que no deben ni pueden idearse sistemas defen- sivos que lleven a desviarse de esas teorías y al desarme nuclear? ¿No resulta derrotista a priori negar que la tecnología puede estar al servicio de planes estabi- lizadores, y no sólo de primer ataque?

En su declaración del 12 de marzo, el distinguido Ministro de Estado para Relaciones Exteriores y asuntos del Commonwealth del Reino Unido Sr. Richard Luce, describió sucintamente la base del programa de investigación que ha iniciado mi Gobierno. Citó cuatro puntos de acuerdo entre la Sra. Margaret Thatcher, Primera Ministra del Reino Unido, y el Presidente Reagan. Creo que merece la pena volver a describir esos puntos de acuerdo:

En primer lugar, el objetivo de la Iniciativa de Defensa Estratégica no es crear una situación en la que los Estados Unidos o el Occidente logren la superioridad de un modo u otro. Por el contrario, el objetivo consiste en establecer una situación de equilibrio, habida cuenta de los adelantos realizados por la Unión Soviética.

(Sr. Lowitz, EE.UU.)

En segundo lugar, todo emplazamiento de armas en relación con la Iniciativa de Defensa Estratégica tendría que ser objeto de negociaciones, habida cuenta de las obligaciones que nos imponen los tratados vigentes, y en especial el Tratado antimisiles balísticos de 1972.

En tercer lugar, el objetivo de la Iniciativa de Defensa Estratégica es aumentar la capacidad para disuadir de un estallido bélico, y no aumentar las perspectivas de conflicto.

En cuarto lugar, en nuestras negociaciones tratamos de reforzar la seguridad internacional y de lograr reducciones en los niveles de armas nucleares ofensivas por ambas partes.

Por lo que respecta a estos cuatro puntos, deseo subrayar que los Estados Unidos ha tomado muy en serio y sigue tomando muy en serio las obligaciones que les imponen los acuerdos vigentes de control de armamentos. Conforme a esta posición, los Estados Unidos no han realizado ni tienen la intención de realizar ninguna de las investigaciones relacionadas con la Iniciativa de Defensa Estratégica de modo que contradiga en modo alguno las obligaciones que les imponen los tratados, especialmente las obligaciones que les impone el Tratado ABM. De hecho, como ya han aclarado múltiples declaraciones de altos funcionarios del Gobierno de los Estados Unidos, uno de los objetivos de nuestras negociaciones bilaterales con la Unión Soviética es precisamente el de frenar e invertir la erosión del Tratado ABM.

Creo que merece la pena destacar, a este respecto, que entre las obligaciones contraídas por las partes en el Tratado ABM no figuran las limitaciones a la investigación. Ese acuerdo no prohíbe realizar investigaciones y, de hecho, hace muchos años que los Estados Unidos iniciaron un programa limitado de investigación sobre tecnologías relacionadas con la defensa contra los proyectiles balísticos, programa que data de antes de la entrada en vigor del Tratado.

Claro que lo mismo ocurre con la otra parte en el Tratado. Sin embargo, a nuestro juicio las actividades de la Unión Soviética en la esfera de las tecnologías defensivas han sido muy superiores a las nuestras. De hecho, calculamos que en los dos últimos decenios la URSS ha comprometido recursos para la defensa estratégica que son aproximadamente comparables -y repito que aproximadamente comparables- a los elevadísimos niveles de sus gastos en fuerzas ofensivas, muy superiores a los gastos estadounidenses en sistemas defensivos. Además, la Unión Soviética sigue emplazando un sistema de defensa de proyectiles antibalísticos, mientras que los Estados Unidos

(Sr. Lowitz, EE.UU.)

no lo hacen desde hace casi un decenio. La Unión Soviética también ha iniciado un programa encaminado a mejorar la capacidad de su sistema antibalístico. Las inversiones de la Unión Soviética en tecnologías avanzadas relacionadas con la defensa con misiles también han sido muy considerables, por ejemplo, en la esfera de los sistemas de energía dirigida, como los láseres de gran energía.

Naturalmente, en la Unión Soviética esos programas no son objeto de debates públicos ni parlamentarios. ¿Quién ha planteado dudas en la URSS acerca de la iniciativa espacial soviética? No hay forma de saberlo. Todos los aquí presentes sabemos muy bien que las armas soviéticas se han convertido en objeto de debate -fuera de la Unión Soviética- después de estar emplazadas. En Occidente discutimos las armas mucho antes de tomar la decisión de producirlas.

Como se explica en el documento CD/561, presentado por mi delegación el 12 de febrero, mi Gobierno ha concluido que el gran radar con complejos multidireccionales en construcción por la Unión Soviética en Siberia, en Krasnoyarsk, constituye una violación de las obligaciones que le impone el Tratado ABM. Además, existen otras actividades soviéticas de desarrollo y emplazamiento de interceptores superficie-aire de "defensa antiaérea" con capacidad potencial contra los proyectiles balísticos estratégicos que plantean más cuestiones acerca del cumplimiento del Tratado ABM por parte de la Unión Soviética. En resumen, quienes denuncian los actos de mi Gobierno en relación con la investigación sobre tecnologías defensivas, harían mejor en centrar su atención, su análisis, sus preguntas y sus denuncias en otra parte.

Como mera cuestión de prudencia, las investigaciones que mi Gobierno realiza acerca de las tecnologías de defensa estratégica son necesarias para asegurar que mi país se halle en situación de equilibrar los adelantos de la Unión Soviética que ya he mencionado. Esa investigación constituye un "margen" fundamental contra el desarrollo por la Unión Soviética de un potencial de "ruptura" repentina respecto de las limitaciones que impone el Tratado sobre proyectiles antibalísticos. Sirve además, de respuesta a la erosión del desequilibrio estratégico causada por la continuación, por parte de la Unión Soviética, de la acumulación de armas ofensivas. Los Estados Unidos no pueden permitirse el lujo de dejar una ventaja unilateral a la Unión Soviética que puede dejar la puerta abierta a un posible primer ataque. Las actividades de la Unión Soviética deben tenerse en cuenta, y se tendrán en cuenta, con objeto de corregir y estabilizar el equilibrio militar. Naturalmente, los Estados Unidos plantearán esta cuestión en las negociaciones bilaterales y por otras vías diplomáticas.

(Sr. Lowitz, EE.UU.)

El 5 de marzo el distinguido representante de la Unión Soviética, Embajador Issraelian, hizo en este órgano una declaración sobre el mismo tema de la agenda del que estoy hablando. Celebro que mencionase los importantes esfuerzos de cooperación en la utilización pacífica del espacio ultraterrestre, entre los cuales no carece de importancia el sistema de rescate SARSAT-COSPAS, en cuyo desarrollo y funcionamiento han participado mi país, la Unión Soviética, el Canadá y Francia. El Reino Unido, Dinamarca, Noruega, Suecia y Bulgaria se han integrado también a este sistema. Estos esfuerzos constituyen una prueba alentadora de cómo pueden los Estados trabajar juntos para ampliar el marco internacional de cooperación. Las misiones científicas destinadas a explorar Venus y el Cometa Halley en su aproximación al Sol el año que viene son otras tantas empresas fascinantes y beneficiosas de cooperación internacional.

Por eso escuché con una cierta preocupación las demás partes de la declaración del Embajador Issraelian, en particular cuando dijo que existen amenazas a la seguridad internacional como resultado de unos presuntos vastos programas de militarización del espacio aprobados hace poco por los Estados Unidos, entre ellos la Iniciativa de Defensa Estratégica y el programa de desarrollo de un sistema de armas antisatélite por parte de los Estados Unidos. Esa descripción de la situación actual sólo se puede calificar de grotesca.

No fueron los Estados Unidos los que ensayaron los primeros proyectiles balísticos intercontinentales que surcaron el espacio ultraterrestre. No fueron los Estados Unidos quienes desarrollaron un sistema de bombardeo orbital parcial mediante ojivas nucleares, sistema que no tiene paralelo en Occidente. No han sido los Estados Unidos los que desde hace más de un decenio han emplazado y siguen ensayando un sistema operacional de armas antisatélite. No son los Estados Unidos quienes mantienen y siguen perfeccionando un sistema operacional de misiles antibalísticos. No son los Estados Unidos quienes han construido un radar en violación de las obligaciones que impone el Tratado ABM. En resumen, no son los Estados Unidos quienes, con el desarrollo, el ensayo y la adquisición con fines bélicos han dado base a los temores de que se pueda prever el repentino abandono del Tratado ABM y de que se estén preparando planes para un primer ataque.

Como se pone de relieve en el documento CD/561, el no cumplimiento de los acuerdos vigentes de control de armamentos constituye una cuestión de importancia vital para mi Gobierno. Pero ese no cumplimiento es igualmente importante para la comunidad mundial. Pues, por insistentes que sean los llamamientos que se puedan hacer acá o

(Sr. Lowitz, EE.UU.)

allá en pro de nuevas medidas de desarme general, muchas veces sin tener en cuenta la posibilidad de verificarlas, cada uno de nosotros sabe perfectamente que el control de armamentos sin confianza en un cumplimiento estricto por todas las partes es contradicción de términos. Un control de armamentos de ese tipo no mejora la estabilidad ni la seguridad mundiales. Socava directamente estos objetivos. Por eso no cabe duda de que incumbe a la Conferencia de Desarme un papel fundamental en el sostenimiento de la integridad de los acuerdos de control de armamentos actualmente en vigor.

Permítaseme ahora formular observaciones de carácter general acerca de los actos de la Unión Soviética que he citado en la esfera del ataque y la defensa estratégicos. En conjunto, han creado un claro desequilibrio hoy y amenazan la estabilidad estratégica futura. Sin embargo, el Gobierno soviético no lanzó la alarma con respecto a la "militarización" del espacio cuando emprendió su gran acumulación estratégica. Ahora, cuando surge la preocupación de que ese arsenal pueda hacerse menos potente, o hasta inocuo, es cuando algunos censuran la militarización. Es comprensible; evidente pero comprensible.

Celebramos la expresión de decidida oposición de la Unión Soviética a la competencia en cuanto a las armas nucleares o de cualquier otro tipo. Ello es perfectamente compatible con nuestra propia posición. Los Estados Unidos han expresado claramente que si nuestras investigaciones sobre los sistemas defensivos indican que éstos son viables, pueden sobrevivir y tienen una buena relación costo/eficacia, el emplazamiento de esos sistemas se someterá a debate, de conformidad con las obligaciones que hemos contraído en virtud del Tratado ABM, y de conformidad con las disposiciones del Tratado relativas a la introducción de modificaciones. Como dijo hace poco el Presidente Reagan, nuestro compromiso a largo plazo consiste en "internacionalizar" las defensas por misiles si se logra que sean eficaces. En consecuencia, no tiene fundamento el suponer que con su actitud los Estados Unidos tratan de aumentar las perspectivas de un enfrentamiento nuclear, en lugar de reducirlas.

Ya he señalado que los Estados Unidos tienen la intención de iniciar sus actividades de investigación en el más estricto respeto de las obligaciones que le imponen los tratados. El Embajador Issraëlian ha aducido que sería demasiado ingenuo suponer que un programa de investigación no va a conducir inevitablemente al emplazamiento, dado el impulso inherente que tiene la tecnología militar. Yo sólo puedo hablar en nombre de mi Gobierno al respecto: no advertimos ningún impulso inherente en ningún

(Sr. Lowitz, EE.UU.)

equipo ni tecnología, y confiamos en que no haya tal impulso mecanicista ni "inherente" en las tecnologías militares de armas defensivas que viene investigando la Unión Soviética. Confiamos en que el Embajador Issraelian no haya formulado sus observaciones a manera de anuncio del futuro emplazamiento de sistemas defensivos en violación de las obligaciones contraídas por la Unión Soviética en virtud del Tratado ABM, el Tratado de prohibición parcial de los ensayos y el Tratado sobre el espacio ultraterrestre, llevado por un impulso inherente de la tecnología militar.

Disiento también de la afirmación del Embajador Issraelian de que el programa de los Estados Unidos destinado a desarrollar un sistema de armas antisatélite es una amenaza particularmente peligrosa a la estabilidad internacional dada su posible función doble como sistema antisatélite y asimismo sistema de ojivas de misiles anti-nucleares. Por el contrario, el programa de los Estados Unidos es una respuesta ponderada para disuadir a los soviéticos de emplear su sistema operacional ASAT y para establecer la capacidad de contrarrestar los satélites soviéticos que, aunque en sí mismos no son armas, pueden ayudar a localizar las fuerzas terrestres de los Estados Unidos y de otras naciones. La engañosa afirmación de que los emplazamientos occidentales de armas de alcance intermedio en Europa son emplazamientos de sistemas nucleares de "primer ataque" no merece réplica excepto para decir que al emplazamiento por la Unión Soviética de sus misiles SS-20 con más de 1.200 ojivas se replica con una respuesta ponderada y mucho menor.

Comparto las esperanzas expresadas por el Embajador Issraelian de que las negociaciones bilaterales entre los Estados Unidos y la Unión Soviética que se iniciaron la semana pasada se vean coronadas por el éxito. Me hago eco también de la intención que ha expresado de adoptar una actitud constructiva para asegurar el éxito de la labor de la Conferencia de Desarme. La mejor forma de que esa intención tenga un reflejo práctico será evitar las polémicas.

Para terminar, deseo poner de relieve que mi delegación se siente alentada por la receptividad que indican tantas delegaciones al mandato de avenencia propuesto para el establecimiento de un comité ad hoc que se encargue de emprender la labor seria y práctica de estudiar medidas de control de armamentos y desarme aplicables al espacio ultraterrestre. No cabe duda de que ha llegado el momento de establecer ese comité.

Sr. TURBANSKI (Polonia) [traducido del inglés]: Señor Presidente, dado que es ésta la primera vez que hago uso de la palabra bajo su Presidencia, permítame felicitarle por haber asumido esta importante función y por la eficaz manera en que la desempeña, lo que acredita sus calidades personales y profesionales. Igualmente deseo dar las gracias a su predecesor, el Embajador Lowitz, por la contribución que aportó a la labor de la Conferencia durante su Presidencia en febrero. En mi declaración de hoy me referiré al tema 5 de nuestra agenda, la prevención de la carrera de armamentos en el espacio ultraterrestre.

Desde que el primer objeto fabricado por el hombre fue colocado en órbita en torno a la Tierra, la comunidad internacional se ve enfrentada con el problema de cómo limitar la exploración del espacio ultraterrestre a fines exclusivamente pacíficos. Una de las primeras iniciativas destinadas a impedir la utilización del espacio ultraterrestre con fines militares fue la propuesta soviética de 15 de marzo de 1958 de concertar un acuerdo para la prohibición de la utilización del espacio ultraterrestre con fines militares, la eliminación de las bases militares extranjeras y el establecimiento de un organismo de las Naciones Unidas para la cooperación internacional en el estudio del espacio ultraterrestre. Esta propuesta sirvió de base a ulteriores iniciativas, muchas de las cuales quedaron recogidas en diversas resoluciones de las Naciones Unidas. Esas iniciativas, junto con diversos informes de distintas organizaciones internacionales e instituciones científicas de todo el mundo, en los que se aduce la necesidad de prevenir la militarización del espacio ultraterrestre, constituyen la prueba de que muchas personas han visto el peligro inminente y tratado de prevenirlo. Gracias a esos esfuerzos se celebró en 1967 un importante tratado sobre las normas que regulan las actividades de los Estados en el espacio ultraterrestre. Ese tratado sirvió de base a cierto número de importantes convenciones mediante las que se estableció un régimen jurídico internacional que regulaba diversas actividades en esta nueva esfera de la labor humana. El logro más importante de este período fue la prohibición del desarrollo de armas de destrucción en masa en el espacio ultraterrestre.

Sin embargo, pese a constituir un importante paso hacia adelante, la reglamentación existente no impide la utilización del espacio ultraterrestre con fines militares.

Por ello, la comunidad mundial espera que se obtengan sin demora progresos en la elaboración de ulteriores garantías internacionales para impedir que se extienda al espacio la carrera de armamentos. Esta actitud queda claramente reflejada en la aprobación el pasado año por una inmensa mayoría de votos de la resolución 39/59 de la

(Sr. Turbanski, Polonia)

Asamblea General, única resolución concerniente a la prevención de la carrera de armamento en el espacio ultraterrestre, que fue aprobada por 150 votos con la sola abstención de un Estado. La importancia política de este acontecimiento fue ampliamente comentada por el Embajador Jayantha Dhanapala, de Sri Lanka, en la declaración que hizo el 5 de marzo de 1985, cuando afirmó: "no es sólo impresionante en términos simplistas de números, sino también porque refleja un amplio consenso internacional sobre una cuestión crucial. En esencia, la resolución representa la indiscutible identificación universal de la comunidad internacional, pronunciándose al unísono, con los principios básicos de la prevención de una carrera de armamentos en el espacio ultraterrestre". Ahora bien, debe decirse abiertamente que sería demasiado peligroso o incluso carecería de realismo en la presente situación mundial pensar que pudiera celebrarse un acuerdo para prohibir toda clase de actividades militares en el espacio o toda clase de utilización de objetos espaciales con fines militares. Un acuerdo de carácter tan general exigiría un clima internacional mucho más favorable y podría lograrse junto con medidas de desarme globales y de gran alcance en la Tierra.

Lo que parece estar ahora a nuestro alcance y, más aún, lo que parece ser una tarea mucho más urgente es impedir la nueva fase de utilización del espacio ultraterrestre a que está por llegarse, es decir, la introducción de armas en el medio espacial para que éste se convierta en otro futuro campo de batalla. Como indicación de la manera de abordar esta cuestión verdaderamente vital puede servir la propuesta soviética de agosto de 1981 de celebrar un acuerdo para la prohibición del emplazamiento de armas en el espacio ultraterrestre, así como otra iniciativa soviética de marzo del pasado año en la que se proponía un proyecto de tratado para la prohibición del uso de la fuerza en el espacio ultraterrestre y desde el espacio contra la Tierra. Mi delegación apoya por entero estas propuestas e invita a las demás delegaciones a que las estudien seriamente. Si la comunidad mundial desatiende éstas y otras propuestas análogas, se aproximará en breve a una fase ominosa de rápida expansión de las capacidades para futuras actividades bélicas, que abarcarán tanto la Tierra como el espacio ultraterrestre a una distancia de varios miles de kilómetros, actividades realizadas con la ayuda de sistemas de armamentos semiautomáticos o plenamente automáticos, capaces de atacar objetos en órbita, y desde órbitas los blancos en la Tierra.

El tono alarmista que estoy utilizando no es accidental. Lo cierto es que una de las principales grandes Potencias ha iniciado un programa sin precedentes de investigación científica y técnica con miras a desarrollar a lo largo de varios años un sistema estratégico de armamentos para convertir su territorio en una fortaleza

(Sr. Turbanski, Polonia)

impenetrable, manteniendo al mismo tiempo su enorme capacidad ofensiva. La escala de los esfuerzos relacionados con la aplicación de la Iniciativa de Defensa Estratégica de los Estados Unidos en función del dinero asignado a ella es varias veces mayor que el famoso Proyecto Manhattan o el programa de aterrizaje en la Luna, los dos mayores programas de investigación jamás emprendidos por los Estados Unidos. El presupuesto ya asignado a este programa estratégico y planeado para los próximos cinco años indica claramente que se irá intensificando cada año: mientras que en 1986 costará más de 2.500 millones de dólares, en 1990 superará los 8.500 millones de dólares y, en conjunto, supondrá un gasto, durante los próximos cinco años, no inferior a 26.000 millones de dólares.

El programa en su totalidad fue lanzado al socaire de su impecable moralidad, su carácter puramente defensivo y su indiscutible naturaleza beneficiosa para la estabilidad estratégica y el desarme e incluso hoy hemos escuchado argumentos a tal efecto. La más engañosa de todas estas alegaciones es la de que la aplicación de la IDE permitirá la erradicación de las armas nucleares o, por lo menos, las hará obsoletas. Los argumentos expuestos hasta la fecha para sustanciar esta alegación no son convincentes. Todos ellos se basan en fundamentos quebradizos, ya sean políticos o científicos. Nadie sabe lo que ocurrirá dentro de 40 ó 50 años. No obstante, pueden ahora preverse fácilmente, o se conocen ya, varias consecuencias de la aplicación de la IDE, todas las cuales son peligrosas para la seguridad mundial.

El esfuerzo de los Estados Unidos para crear diversas categorías de armas espaciales tendrá consecuencias desastrosas para la estabilidad política, militar y económica mundial. No es ésta una afirmación gratuita y seguidamente detallaré las razones en que se basa.

El plan para crear un "escudo defensivo" se presenta en los Estados Unidos como una medida de protección, no provocativa. No obstante, dicha medida sólo puede ser contemplada así por un lego. Para toda persona que comprenda el carácter enrevesado del actual equilibrio estratégico resulta evidente que cuando un Estado poseedor de un arsenal moderno de armas ofensivas, es decir, de armas fiables y de gran precisión, consigue el monopolio en lo referente a una fuerte defensa estratégica, adquiere una superioridad y es susceptible de ser el primero en utilizar sus fuerzas nucleares sin temor, o con un temor mínimo, a que se produzca un golpe de represalia.

(Sr. Turbanski, Polonia)

La actual Administración de los Estados Unidos ha manifestado que no aspira a lograr una capacidad de esa clase para asestar el primer golpe, que la Iniciativa de Defensa Estratégica no se inspira en consideraciones siniestras. Sin embargo, los estudiosos de la evolución estratégica durante los tres últimos decenios no pueden por menos de impugnar esa afirmación. Después de todo, difícilmente se puede negar que desde la entrada en servicio de los primeros bombarderos estratégicos estadounidenses la lógica subyacente de la evolución ulterior ha consistido en lograr una posición de superioridad frente a la Unión Soviética, con el objetivo final de lograr una capacidad para asestar el primer golpe. Las etapas de dicha evolución son bien conocidas. En primer lugar, la diversificación de las fuerzas estratégicas, desde los bombarderos hasta los misiles intercontinentales con base en tierra y los misiles balísticos lanzados desde submarinos, y ahora los misiles de crucero lanzados desde el mar y desde la atmósfera. En segundo lugar, el perfeccionamiento de tales sistemas de armas merced a su precisión y fiabilidad extremas, lo que permitiría utilizar dichas armas para lanzar un ataque incluso contra los objetivos militares más protegidos. En tercer lugar, la multiplicación de las cabezas nucleares de que van dotados los misiles estratégicos del tipo MIRV. En cuarto lugar, el despliegue de misiles balísticos de alcance intermedio en Europa, cuyo alcance les permitiría atacar el territorio de la Unión Soviética y, habida cuenta de su profunda capacidad de penetración, destruir objetivos de importancia estratégica tales como los polígonos MBIC y los centros de mando subterráneos. En quinto lugar, la elaboración de planes para desarrollar misiles intercontinentales móviles de gran precisión y, por ende, menos vulnerables, así como bombarderos estratégicos del tipo Stealth. Y, una vez concluidas todas esas etapas, llegamos a la última y definitiva: el "escudo defensivo" estratégico, que brinda la posibilidad de hacer ineficaz el ataque de represalia soviético en caso de un posible conflicto nuclear.

Nunca se insistirá demasiado en los peligros derivados de la posibilidad de... lograr una capacidad para asestar el primer golpe nuclear. En tal caso se desmoronaría la estabilidad de la situación estratégica; toda grave crisis internacional presentaría el peligro de que se lanzase un ataque preventivo; los Estados opositores adoptarían una actitud de constante recelo.

Si el desarrollo de un sistema de defensa estratégica por un Estado se convirtiese en realidad, ello no sólo proporcionaría a dicho Estado una superioridad estratégica, sino que también provocaría inevitablemente un profundo cambio en el equilibrio militar a nivel local y regional. El equilibrio de fuerzas a esos niveles se

(Sr. Turbanski, Polonia)

calcularía invariablemente con arreglo al hecho de que uno de los Estados poseyera el poder definitivo conferido por la capacidad estratégica para asestar el primer golpe. Es más, los sistemas capaces de destruir misiles balísticos y cabezas nucleares en pleno vuelo serían más que capaces de destruir un objetivo tan fácil como lo son los satélites de los oponentes. En tiempo de crisis, o incluso de conflicto limitado, sería plausible esperar que esos satélites fueran destruidos, lo que afectaría a la capacidad de mando y de control no sólo nuclear, sino también convencional, del posible enemigo. Cabría esperar que estas y otras medidas gozaran de impunidad, habida cuenta de la existencia del monopolio en la esfera de los sistemas de defensa estratégica. Así pues, la posibilidad de una guerra nuclear puede resultar menos preocupante y más tentadora para un Estado que goce de la superioridad estratégica. En un contexto militar de esa clase, y teniendo en cuenta las fuertes controversias ideológicas y políticas que existen actualmente, no es una suposición exagerada el afirmar que aumentaría el peligro de guerra nuclear, y ya esta circunstancia por sí sola es razón suficiente para sentir temor ante los planes estadounidenses de militarización del espacio ultraterrestre y para oponerse a dichos planes.

Es harto natural esperar que un Estado poseedor de un arsenal nuclear que se enfrenta a la posibilidad de ver destruida su capacidad de represalia hiciera todo lo posible por impedirlo. Como señaló el distinguido Embajador V. Issraelian en su declaración del 7 de marzo de 1985:

"La Unión Soviética se manifiesta resueltamente en contra de la intensificación de la carrera de cualesquiera armamentos, incluidos los espaciales. Por otra parte, es del todo evidente que, ante la amenaza procedente del espacio, se verá obligada a adoptar medidas para garantizar firmemente su seguridad.

La elección no es nuestra, pero debemos adoptar medidas para restablecer el equilibrio estratégico. El equilibrio será restablecido, aunque a un nivel más alto de armamentos."

Esa es otra razón por la que la actual estabilidad estratégica militar se vería comprometida si se realizara el programa militar espacial de los Estados Unidos. Ello significaría sencillamente el comienzo de una nueva espiral de la carrera de armas estratégicas, tanto en el espacio como en la Tierra, cuyo costo sería prohibitivo.

El resultado neto de la nueva espiral de la carrera de armas estratégicas desencadenada por el programa espacial de los Estados Unidos será, por una parte, el deterioro de la seguridad mundial y, por otra parte, el deterioro de la situación económica general. Puesto que los gastos relacionados con la realización de las

(Sr. Turbanski, Polonia)

primeras etapas del nuevo plan estadounidense serán del orden de decenas de miles de millones de dólares, y, en etapas más avanzadas, de centenares de miles de millones de dólares, no se requiere demasiada imaginación para prever el enorme derroche que supondrán esos gastos para la economía mundial. Las víctimas más obvias de esa desviación de recursos financieros, materiales y humanos hacia la esfera militar serán los Estados en desarrollo.

Aparte del deterioro de la estabilidad militar general, el programa de defensa espacial abrirá inevitablemente una "caja de Pandora" de nuevas posibilidades técnicas imprevisibles que permitirán el ulterior perfeccionamiento general de las armas existentes y la creación de categorías enteramente nuevas de armas. Así pues, el desarrollo de sensores para vigilancia espacial, seguimiento, adquisición y evaluación de la capacidad de destrucción puede servir igualmente para los sistemas de dirección de los futuros misiles "autoguiados" y otros tipos de armas convencionales y nucleares. Los esfuerzos desplegados en la investigación de las denominadas armas de energía dirigida, como láseres de alta energía y armas de haces de partículas, pueden llevar al despliegue de nuevas categorías de armas en la Tierra. Un resultado análogo es posible en el caso de la investigación de las llamadas armas de energía cinética, como el lanzador electromagnético conocido por el nombre de "cañón-raíl" o los misiles de alta velocidad. La nueva generación de computadoras y los diversos enlaces de telecomunicaciones que se necesitan para la futura gestión del sistema de defensa espacial también pueden servir de base para cualquier sistema moderno de armas que pueda crearse. Podría preverse el desarrollo de nuevos materiales de protección, de nuevos sistemas de desorientación e interferencia y de nuevos sistemas de propulsión a fin de mejorar la maniobrabilidad de las distintas categorías de armas. Los futuros sistemas espaciales tendrán necesidad de fuentes eléctricas enteramente nuevas y potentes, como pequeños reactores nucleares, nuevas baterías de carga y capacitores. Varios de los sistemas previstos requerirán refrigerantes especiales y diversos materiales de construcción sofisticados. Todo ello, así como las demás tecnologías nuevas, encontrarán aplicación inmediata en cualquier sistema de armas, actual o futuro, con base en tierra, en la atmósfera o en el mar, lo que intensificará el aspecto cualitativo de la carrera de armas nucleares y convencionales.

A fin de evaluar debidamente la envergadura y la naturaleza del programa que empieza ahora a realizarse, es preciso recordar que los fondos dedicados al mismo sólo representan una parte del presupuesto de investigación y desarrollo con fines militares de los Estados Unidos; que esos fondos se han duplicado durante los últimos cinco años y han alcanzado en 1985 la cifra de unos 35.000 millones de dólares. Todo

(Sr. Turbanski, Polonia)

ese esfuerzo de investigación se intensifica actualmente y se centra en las aplicaciones espaciales, pero nada impedirá que los nuevos descubrimientos sean utilizados para llevar a cabo la guerra en cualquier otro medio. Es preciso recordar que los nuevos descubrimientos tecnológicos con fines militares conducen al llamado "imperativo complementario", es decir, a la búsqueda de los medios que permitan aplicar los adelantos de la tecnología básica a la mejora de las propias armas, lo cual, a su vez, impulsa el desarrollo de contraarmas, ya que hay que suponer que un adversario lleva a cabo una labor similar y tal vez figure a la cabeza en dicha búsqueda. Así pues, los nuevos descubrimientos generan una espiral acelerada de los esfuerzos de investigación y desarrollo, sean cuales fueren las circunstancias políticas o militares externas, aunque estas circunstancias puedan invocarse para justificar los esfuerzos. De un modo general, la labor de investigación y desarrollo con fines militares emprendida por los Estados Unidos de América, particularmente en relación con el programa de la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), brinda la posibilidad de introducir numerosas mejoras técnicas que afectarán de manera adversa a la seguridad internacional.

Otra de las principales razones por las que la comunidad internacional tiene que oponerse a las perspectivas de una militarización intensificada del espacio ultraterrestre es la de que, si no se le pone término, hará peligrar la estructura de tratados de desarme vigentes y de diversas negociaciones de desarme. La primera víctima del programa tal vez sean las negociaciones bilaterales sobre armas espaciales, estratégicas y de alcance intermedio. Se han repetido varias veces en esta misma sala las grandes esperanzas que todos tenemos depositadas en relación con esas conversaciones. Si bien las acogemos con satisfacción y deseamos que tengan éxito, debemos, no obstante, señalar que parecería ser una vana empresa si una de las partes negociadoras realizase denodados esfuerzos con una finalidad enteramente contraria a la de las negociaciones. Y, dada la vinculación directa entre los tres temas negociados, el fracaso en uno de ellos equivaldría al colapso de los tres. Es muy probable que dicho fracaso tuviera consecuencias igualmente devastadoras sobre las perspectivas de superar la peligrosa situación que existe en Europa, donde se ha acumulado un número cada vez mayor de armas letales.

Independientemente de los peligros que supone para las negociaciones de desarme que se están celebrando, la insistencia en la aplicación de la Iniciativa de Defensa Estratégica supondría muy probablemente el fin de varios tratados vigentes de control de armamentos. El instrumento inmediatamente amenazado es el Tratado bilateral de 1972 sobre limitación de los sistemas de misiles antibalísticos. Aunque el Tratado

(Sr. Turbanski, Polonia)

permite realizar investigaciones, el alcance e intensidad de las actividades de investigación relacionadas con la iniciativa de defensa de los Estados Unidos son demasiado amplios para que puedan considerarse compatibles con el espíritu del Tratado. Todavía más importante es el hecho de que, si el objeto de las investigaciones realizadas consiste en proporcionar una respuesta acerca de la viabilidad de todo el concepto, tendrán que incluir el ensayo de sistemas de prototipo, lo que ya estará en abierta contradicción con la letra del acuerdo. El hecho de que ésta sea una auténtica posibilidad viene indicado por los informes de que el Gobierno de los Estados Unidos prevé la necesidad de renegociar el Tratado.

Los partidarios del "escudo protector" espacial alegan que estará integrado por un sistema de armas no nucleares. Sin embargo, se informa también de que el 10% aproximadamente de los fondos destinados al nuevo programa espacial corresponden a la esfera de las armas nucleares. Entre los diversos sistemas exóticos de armamentos que van a desarrollarse está la idea de la llamada arma de láser de rayos X, que recibirá su energía de una explosión nuclear. También se dedican considerables investigaciones a otras formas de canalizar la energía de las explosiones nucleares en haces mortales. Estos informes, de resultar ciertos, anuncian las perspectivas de abrogación de dos importantes acuerdos de desarme, a saber, el Tratado sobre el espacio ultraterrestre, de 1967, y del Tratado de prohibición parcial de los ensayos, de 1963.

En conjunto, parece plausible suponer que la aplicación de la IDE crearía inevitablemente un ambiente internacional que excluiría la posibilidad de lograr resultados tangibles en cualquier foro de desarme existente y pondría en peligro la vigencia de acuerdos de desarme limitados, pero logrados con grandes esfuerzos. El principal argumento fácilmente oponible al sistema de armas espaciales es el de que, con entera probabilidad, tendrá un efecto claramente negativo sobre la cooperación internacional en la exploración pacífica del espacio. Difícilmente cabe imaginar que, dada la creciente competencia militar en el espacio, en la que cualquier desarrollo científico podría tener algunas consecuencias militares, vaya a ser posible planear y ejecutar en común actividades internacionales científicas y técnicas. Las posibilidades de que Estados menos adelantados carezcan de una tecnología espacial autóctona se beneficien de la cooperación espacial internacional para su desarrollo disminuirían considerablemente. Y los sistemas espaciales civiles de otros Estados, capaces de desplegarlos en órbita por sí solos, se verían constantemente amenazados por las armas espaciales desplegadas por un Estado que no tuviera consideración hacia los derechos e intereses de otros.

(Sr. Turbanski, Polonia)

Las reflexiones que hoy he expuesto sobre la cuestión de los sistemas de armas espaciales que se proponen realizar los Estados Unidos apuntan a una sola conclusión: la cuestión de la prevención de las armas nucleares en el espacio ultraterrestre es cada vez más urgente. La urgencia y gravedad del problema es indiscutible. Necesitamos, por consiguiente, que se adopte prontamente una decisión sobre el establecimiento del órgano adecuado de la Conferencia de Desarme que se dedique por entero a este problema, a saber, el Comité ad hoc, con un mandato apropiado. Pero esto será difícil, cuando no imposible, si no existe una flexibilidad y voluntad de transigir por parte de todas las delegaciones. Así pues, debemos buscar una solución recíprocamente aceptable, teniendo presente que la finalidad última de nuestros esfuerzos es un futuro acuerdo o acuerdos que impidan la carrera de armamentos en el espacio ultraterrestre. Las deliberaciones en tal órgano complementarían de manera importante las negociaciones celebradas sobre una base bilateral. La interacción creada entre los esfuerzos multilaterales y los bilaterales sería beneficiosa para todas las partes interesadas y permitiría una considerable mejora del clima internacional.

El PRESIDENTE: Agradezco al distinguido representante de Polonia su declaración.

No tengo más oradores inscritos para la mañana de hoy. ¿Alguna delegación desea hacer uso de la palabra? No veo ninguna indicación.

Para la sesión del jueves tenemos una lista bastante larga de oradores. Como se recordará tenemos prevista una sesión informal de la Conferencia. He consultado al Presidente del Comité ad hoc sobre el programa comprensivo de desarme, el Embajador García Robles, y me ha indicado que generosamente estaría dispuesto a ceder parte del tiempo asignado para la reunión del Comité el jueves por la tarde. Aún así creo que deberíamos hacer un esfuerzo para tratar de aprovechar todo el tiempo disponible en la mañana del jueves a fin de no perturbar innecesariamente el trabajo del Comité ad hoc sobre el programa comprensivo de desarme. Por esto creo que deberíamos considerar la conveniencia de que la sesión del jueves comience a las 10 de la mañana en lugar de las 10.30, como es la costumbre. Si no hubieran objeciones, así se decidiría. Si pudiéramos completar en la mañana toda la lista de oradores y todo el programa previsto para el orden del día del jueves, no habría necesidad de hacer uso del tiempo que gentilmente nos ha ofrecido el Embajador García Robles.

Así queda acordado.

(El Presidente)

En vista de que no hay otras cuestiones que considerar en la mañana de hoy, voy a levantar la sesión.

La próxima sesión plenaria de la Conferencia de Desarme se celebrará el jueves 21 de marzo, a las 10 horas.

Se levanta la sesión a las 13.15 horas.